

**Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM**



Homenaje a Ballard

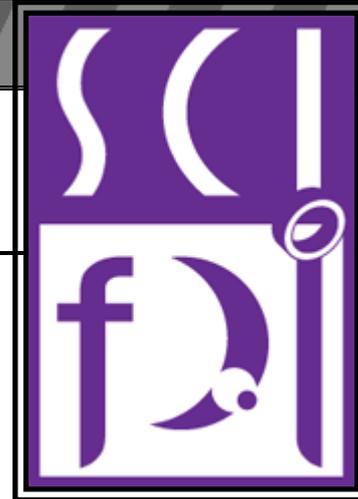
Con la colaboración
de Miquel Barceló

Portada por Pablo Vaquero
<http://elvaquero-art.blogspot.com/>



Universidad
Complutense
Madrid

· Doy y recibo · Notas bibliográficas en torno a Ballard y España · Ojos aguamarina ·
· Mundo ciénaga · Desayuno conmigo mismo · Solo en la noche ·
· C1V27 · Virtuanet · Ballard Resucitado · Ya no hay nubes ·



NOTA

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "[Creative Commons Reconocimiento 3.0](#)", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.

LICENCIA

LA OBRA O LA PRESTACIÓN (SEGÚN SE DEFINEN MÁS ADELANTE) SE PROPORCIONA BAJO LOS TÉRMINOS DE ESTA LICENCIA PÚBLICA DE CREATIVE COMMONS (**CCPL O LICENCIA**). LA OBRA O LA PRESTACIÓN SE ENCUENTRA PROTEGIDA POR LA LEY ESPAÑOLA DE PROPIEDAD INTELECTUAL Y/O CUALESQUIERA OTRAS NORMAS QUE RESULTEN DE APLICACIÓN. QUEDA PROHIBIDO CUALQUIER USO DE LA OBRA O PRESTACIÓN DIFERENTE A LO AUTORIZADO BAJO ESTA LICENCIA O LO DISPUESTO EN LA LEY DE PROPIEDAD INTELECTUAL.

MEDIANTE EL EJERCICIO DE CUALQUIER DERECHO SOBRE LA OBRA O LA PRESTACIÓN, USTED ACEPTA Y CONSIENTE LAS LIMITACIONES Y OBLIGACIONES DE ESTA LICENCIA, SIN PERJUICIO DE LA NECESIDAD DE CONSENTIMIENTO EXPRESO EN CASO DE VIOLACIÓN PREVIA DE LOS TÉRMINOS DE LA MISMA. EL LICENCIADOR LE CONCEDE LOS DERECHOS CONTENIDOS EN ESTA LICENCIA, SIEMPRE QUE USTED ACEPTE LOS PRESENTES TÉRMINOS Y CONDICIONES.

1. Definiciones

- a. La **obra** es la creación literaria, artística o científica ofrecida bajo los términos de esta licencia.
- b. En esta licencia se considera una **prestación** cualquier interpretación, ejecución, fonograma, grabación audiovisual, emisión o transmisión, mera fotografía u otros objetos protegidos por la legislación de propiedad intelectual vigente aplicable.
- c. La aplicación de esta licencia a una **colección** (definida más adelante) afectará únicamente a su estructura en cuanto forma de expresión de la selección o disposición de sus contenidos, no siendo extensiva a éstos. En este caso la colección tendrá la consideración de obra a efectos de esta licencia.
- d. El **titular originario** es:
 - i. En el caso de una obra literaria, artística o científica, la persona natural o grupo de personas que creó la obra.
 - ii. En el caso de una obra colectiva, la persona que la edite y divulgue bajo su nombre, salvo pacto contrario.
 - iii. En el caso de una interpretación o ejecución, el actor, cantante, músico, o cualquier otra persona que represente, cante, lea, recite, interprete o ejecute en cualquier forma una obra.
 - iv. En el caso de un fonograma, el productor fonográfico, es decir, la persona natural o jurídica bajo cuya iniciativa y responsabilidad se realiza por primera vez una fijación exclusivamente sonora de la ejecución de una obra o de otros sonidos.
 - v. En el caso de una grabación audiovisual, el productor de la grabación, es decir, la persona natural o jurídica que tenga la iniciativa y asuma la responsabilidad de las fijaciones de un plano o secuencia de imágenes, con o sin sonido.
 - vi. En el caso de una emisión o una transmisión, la entidad de radiodifusión.
 - vii. En el caso de una mera fotografía, aquella persona que la haya realizado.
 - viii. En el caso de otros objetos protegidos por la legislación de propiedad intelectual vigente, la persona que ésta señale.
- e. Se considerarán **obras derivadas** aquellas obras creadas a partir de la licenciada, como por ejemplo: las traducciones y adaptaciones; las revisiones, actualizaciones y anotaciones; los compendios, resúmenes

y extractos; los arreglos musicales y, en general, cualesquiera transformaciones de una obra literaria, artística o científica. Para evitar la duda, si la obra consiste en una composición musical o grabación de sonidos, la sincronización temporal de la obra con una imagen en movimiento (*synching*) será considerada como una obra derivada a efectos de esta licencia.

- f. Tendrán la consideración de **colecciones** la recopilación de obras ajenas, de datos o de otros elementos independientes como las antologías y las bases de datos que por la selección o disposición de sus contenidos constituyan creaciones intelectuales. La mera incorporación de una obra en una colección no dará lugar a una derivada a efectos de esta licencia.
- g. El **licenciador** es la persona o la entidad que ofrece la obra o prestación bajo los términos de esta licencia y le concede los derechos de explotación de la misma conforme a lo dispuesto en ella.
- h. **Usted** es la persona o la entidad que ejercita los derechos concedidos mediante esta licencia y que no ha violado previamente los términos de la misma con respecto a la obra o la prestación, o que ha recibido el permiso expreso del licenciador de ejercitar los derechos concedidos mediante esta licencia a pesar de una violación anterior.
- i. La **transformación** de una obra comprende su traducción, adaptación y cualquier otra modificación en su forma de la que se derive una obra diferente. La creación resultante de la transformación de una obra tendrá la consideración de obra derivada.
- j. Se entiende por **reproducción** la fijación directa o indirecta, provisional o permanente, por cualquier medio y en cualquier forma, de toda la obra o la prestación o de parte de ella, que permita su comunicación o la obtención de copias.
- k. Se entiende por **distribución** la puesta a disposición del público del original o de las copias de la obra o la prestación, en un soporte tangible, mediante su venta, alquiler, préstamo o de cualquier otra forma.
- l. Se entiende por **comunicación pública** todo acto por el cual una pluralidad de personas, que no pertenezcan al ámbito doméstico de quien la lleva a cabo, pueda tener acceso a la obra o la prestación sin previa distribución de ejemplares a cada una de ellas. Se considera comunicación pública la puesta a disposición del público de obras o prestaciones por procedimientos alámbricos o inalámbricos, de tal forma que cualquier persona pueda acceder a ellas desde el lugar y en el momento que elija.
- m. La **explotación** de la obra o la prestación comprende la reproducción, la distribución, la comunicación pública y, en su caso, la transformación.

2. Límites de los derechos. Nada en esta licencia pretende reducir o restringir cualesquiera límites legales de los derechos exclusivos del titular de los derechos de propiedad intelectual de acuerdo con la Ley de propiedad intelectual o cualesquiera otras leyes aplicables, ya sean derivados de usos legítimos, tales como la copia privada o la cita, u otras limitaciones como la resultante de la primera venta de ejemplares (agotamiento).

3. Concesión de licencia. Conforme a los términos y a las condiciones de esta licencia, el licenciador concede, por el plazo de protección de los derechos de propiedad intelectual y a título gratuito, una licencia de ámbito mundial no exclusiva que incluye los derechos siguientes:

- a. Derecho de reproducción, distribución y comunicación pública de la obra o la prestación.
- b. Derecho a incorporar la obra o la prestación en una o más colecciones.
- c. Derecho de reproducción, distribución y comunicación pública de la obra o la prestación lícitamente incorporada en una colección.
- d. Derecho de transformación de la obra para crear una obra derivada siempre y cuando se incluya en ésta una indicación de la transformación o modificación efectuada.
- e. Derecho de reproducción, distribución y comunicación pública de obras derivadas creadas a partir de la obra licenciada.
- f. Derecho a extraer y reutilizar la obra o la prestación de una base de datos.
- g. Para evitar cualquier duda, el titular originario:
 - i. Conserva el derecho a percibir las remuneraciones o compensaciones previstas por actos de explotación de la obra o prestación, calificadas por la ley como irrenunciables e inalienables y sujetas a gestión colectiva obligatoria.
 - ii. Renuncia al derecho exclusivo a percibir, tanto individualmente como mediante una entidad de gestión colectiva de derechos, cualquier remuneración derivada de actos de explotación de la obra o prestación que usted realice.

Estos derechos se pueden ejercitar en todos los medios y formatos, tangibles o intangibles, conocidos en el momento de la concesión de esta licencia. Los derechos mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean precisas técnicamente para el ejercicio de los derechos en otros medios y formatos. Todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, a título enunciativo pero no limitativo, los derechos

morales irrenunciables reconocidos por la ley aplicable. En la medida en que el licenciador ostente derechos exclusivos previstos por la ley nacional vigente que implementa la directiva europea en materia de derecho sui generis sobre bases de datos, renuncia expresamente a dichos derechos exclusivos.

4. Restricciones. La concesión de derechos que supone esta licencia se encuentra sujeta y limitada a las restricciones siguientes:

- a. Usted puede reproducir, distribuir o comunicar públicamente la obra o prestación solamente bajo los términos de esta licencia y debe incluir una copia de la misma, o su Identificador Uniforme de Recurso (URI). Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la obra o prestación que altere o restrinja los términos de esta licencia o el ejercicio de sus derechos por parte de los concesionarios de la misma. Usted no puede sublicenciar la obra o prestación. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta licencia y a la ausencia de garantías. Usted no puede reproducir, distribuir o comunicar públicamente la obra o prestación con medidas tecnológicas que controlen el acceso o el uso de una manera contraria a los términos de esta licencia. Esta sección 4.a también afecta a la obra o prestación incorporada en una colección, pero ello no implica que ésta en su conjunto quede automáticamente o deba quedar sujeta a los términos de la misma. En el caso que le sea requerido, previa comunicación del licenciador, si usted incorpora la obra en una colección y/o crea una obra derivada, deberá quitar cualquier crédito requerido en el apartado 4.b, en la medida de lo posible.
- b. Si usted reproduce, distribuye o comunica públicamente la obra o la prestación, una colección que la incorpore o cualquier obra derivada, debe mantener intactos todos los avisos sobre la propiedad intelectual e indicar, de manera razonable conforme al medio o a los medios que usted esté utilizando:
 - i. El nombre del autor original, o el seudónimo si es el caso, así como el del titular originario, si le es facilitado.
 - ii. El nombre de aquellas partes (por ejemplo: institución, publicación, revista) que el titular originario y/o el licenciador designen para ser reconocidos en el aviso legal, las condiciones de uso, o de cualquier otra manera razonable.
 - iii. El título de la obra o la prestación si le es facilitado.
 - iv. El URI, si existe, que el licenciador especifique para ser vinculado a la obra o la prestación, a menos que tal URI no se refiera al aviso legal o a la información sobre la licencia de la obra o la prestación.
 - v. En el caso de una obra derivada, un aviso que identifique la transformación de la obra en la obra derivada (p. ej., "traducción castellana de la obra de Autor Original," o "guión basado en obra original de Autor Original").

Este reconocimiento debe hacerse de manera razonable. En el caso de una obra derivada o incorporación en una colección estos créditos deberán aparecer como mínimo en el mismo lugar donde se hallen los correspondientes a otros autores o titulares y de forma comparable a los mismos. Para evitar la duda, los créditos requeridos en esta sección sólo serán utilizados a efectos de atribución de la obra o la prestación en la manera especificada anteriormente. Sin un permiso previo por escrito, usted no puede afirmar ni dar a entender implícitamente ni explícitamente ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del titular originario, el licenciador y/o las partes reconocidas hacia usted o hacia el uso que hace de la obra o la prestación.

- c. Para evitar cualquier duda, debe hacerse notar que las restricciones anteriores (párrafos 4.a y 4.b) no son de aplicación a aquellas partes de la obra o la prestación objeto de esta licencia que únicamente puedan ser protegidas mediante el derecho sui generis sobre bases de datos recogido por la ley nacional vigente implementando la directiva europea de bases de datos

5. Exoneración de responsabilidad

A MENOS QUE SE ACUERDE MUTUAMENTE ENTRE LAS PARTES, EL LICENCIADOR OFRECE LA OBRA O LA PRESTACIÓN TAL CUAL (ON AN "AS-IS" BASIS) Y NO CONFIERE NINGUNA GARANTÍA DE CUALQUIER TIPO RESPECTO DE LA OBRA O LA PRESTACIÓN O DE LA PRESENCIA O AUSENCIA DE ERRORES QUE PUEDAN O NO SER DESCUBIERTOS. ALGUNAS JURISDICCIONES NO PERMITEN LA EXCLUSIÓN DE TALES GARANTÍAS, POR LO QUE TAL EXCLUSIÓN PUEDE NO SER DE APLICACIÓN A USTED.

6. Limitación de responsabilidad. SALVO QUE LO DISPONGA EXPRESA E IMPERATIVAMENTE LA LEY APLICABLE, EN NINGÚN CASO EL LICENCIADOR SERÁ RESPONSABLE ANTE USTED POR CUALESQUIERA DAÑOS RESULTANTES, GENERALES O ESPECIALES (INCLUIDO EL DAÑO EMERGENTE Y EL LUCRO CESANTE), FORTUITOS O CAUSALES, DIRECTOS O INDIRECTOS, PRODUCIDOS EN CONEXIÓN CON ESTA LICENCIA O EL USO DE LA OBRA O LA PRESTACIÓN,

INCLUSO SI EL LICENCIADOR HUBIERA SIDO INFORMADO DE LA POSIBILIDAD DE TALES DAÑOS.

7. Finalización de la licencia

- a. Esta licencia y la concesión de los derechos que contiene terminarán automáticamente en caso de cualquier incumplimiento de los términos de la misma. Las personas o entidades que hayan recibido de usted obras derivadas o colecciones bajo esta licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que tales personas o entidades se mantengan en el cumplimiento íntegro de esta licencia. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7 y 8 permanecerán vigentes pese a cualquier finalización de esta licencia.
- b. Conforme a las condiciones y términos anteriores, la concesión de derechos de esta licencia es vigente por todo el plazo de protección de los derechos de propiedad intelectual según la ley aplicable. A pesar de lo anterior, el licenciador se reserva el derecho a divulgar o publicar la obra o la prestación en condiciones distintas a las presentes, o de retirar la obra o la prestación en cualquier momento. No obstante, ello no supondrá dar por concluida esta licencia (o cualquier otra licencia que haya sido concedida, o sea necesario ser concedida, bajo los términos de esta licencia), que continuará vigente y con efectos completos a no ser que haya finalizado conforme a lo establecido anteriormente, sin perjuicio del derecho moral de arrepentimiento en los términos reconocidos por la ley de propiedad intelectual aplicable.

8. Miscelánea

- a. Cada vez que usted realice cualquier tipo de explotación de la obra o la prestación, o de una colección que la incorpore, el licenciador ofrece a los terceros y sucesivos licenciatarios la concesión de derechos sobre la obra o la prestación en las mismas condiciones y términos que la licencia concedida a usted.
- b. Cada vez que usted realice cualquier tipo de explotación de una obra derivada, el licenciador ofrece a los terceros y sucesivos licenciatarios la concesión de derechos sobre la obra objeto de esta licencia en las mismas condiciones y términos que la licencia concedida a usted.
- c. Si alguna disposición de esta licencia resulta inválida o inaplicable según la Ley vigente, ello no afectará la validez o aplicabilidad del resto de los términos de esta licencia y, sin ninguna acción adicional por cualquiera las partes de este acuerdo, tal disposición se entenderá reformada en lo estrictamente necesario para hacer que tal disposición sea válida y ejecutiva.
- d. No se entenderá que existe renuncia respecto de algún término o disposición de esta licencia, ni que se consiente violación alguna de la misma, a menos que tal renuncia o consentimiento figure por escrito y lleve la firma de la parte que renuncie o consienta.
- e. Esta licencia constituye el acuerdo pleno entre las partes con respecto a la obra o la prestación objeto de la licencia. No caben interpretaciones, acuerdos o condiciones con respecto a la obra o la prestación que no se encuentren expresamente especificados en la presente licencia. El licenciador no estará obligado por ninguna disposición complementaria que pueda aparecer en cualquier comunicación que le haga llegar usted. Esta licencia no se puede modificar sin el mutuo acuerdo por escrito entre el licenciador y usted.

Escrito por Miquel Barceló

Con gran satisfacción, pero también con algo de envidia, respondo a la petición de un buen amigo para prologar en cierta forma el nacimiento de esta revista.

Satisfacción por cuanto hace años la ciencia ficción va conquistando espacios en ámbitos como el universitario, dedicados al pensamiento y la reflexión. Ya hay diversos ejemplos en universidades estadounidenses con secciones de sus bibliotecas que han sido dedicadas a la ciencia ficción. En otros sitios, se han creado asociaciones universitarias para fomentar el diálogo y discutir sobre los temas especulativos que nos trae la ciencia ficción, y en otros casos (y hay ya varios ejemplos en España) los concursos literarios de ciencia ficción nacidos en universidades son ya algo que pudiéramos considerar "habituales".

Envidia por cuanto no todas las iniciativas universitarias en torno a la ciencia ficción tienen la potencia suficiente para intentar un proyecto continuado de una revista dedicada al género. Y en este sentido la iniciativa que ahora nace en la Facultad de Informática de la UCM es ya, de entrada, por su osadía, un verdadero hito.

En mi universidad (la Politécnica de Cataluña), disponemos desde hace ya casi una veintena de años de una sección de ciencia ficción en la biblioteca (hay en ella más de seis mil títulos que, lo recuerdo por si hiciera falta, deberían poder ser solicitados incluso por el sistema de prestamos interbibliotecarios entre universidades...). Disponemos también de una asociación de ciencia ficción: UPCF (Unidos por la Ciencia Ficción) que, a lo largo de los últimos veinte años ha mostrado todo tipo de altibajos cual corresponde a una universidad de la que, al menos los estudiantes, vienen y van... Y también tenemos un concurso internacional de novela corta de ciencia ficción.

Pero no tenemos revista. De ahí mi sana envidia y mi gran satisfacción por ese proyecto que ahora se inicia al que ofrezco toda mi colaboración.

Por si alguien todavía estuviera en el estadio de preguntarse ¿qué hace la ciencia ficción en una universidad?, déjeme recordar la argumentación con la que suelo respaldar iniciativas como la de esta revista.

Ya en 1959, Snow nos alertaba de los peligros de un sistema educativo que dividía a las personas en gentes de ciencia y gentes de letras... Como sabemos, el mundo de la tecnociencia es muy exigente. Las muchas horas que el cultivo de la tecnociencia exige pueden apartar a sus especialistas del mundo de las letras y de la cultura más humanística. Posiblemente el vehículo que más fácilmente puede acercar a quienes cultivamos la tecnociencia al mundo de la cultura y la de las letras sea una narrativa como la ciencia ficción que, en cierta forma, no rehúye la presencia de la ciencia e incluso la usa a veces como elemento esencial de la trama.

Y en una Facultad como la de Informática, siempre en el trasfondo de los grandes y acelerados cambios de nuestros tiempos y del futuro inmediato (ordenadores, internet, robots, inteligencias artificiales y un largo, larguísimo, etcétera) lo cierto es que la especulación es un elemento que casi se podría decir que forma parte de nuestro bagaje cultural tecnocientífico, y en eso coincidimos con la ciencia ficción por su uso de la especulación inteligente basada en las posibilidades de la tecnociencia.

Si Isaac Asimov decía que la ciencia ficción es "*esa narrativa que trata de la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología*", lo cierto es que buena parte de los cambios más recientes han nacido en la informática y que, por ello, la ciencia ficción es una buena herramienta para la diversión, pero también para la especulación inteligente sobre lo que el futuro nos depara, incluyendo tanto sus posibles ventajas como sus peligros.

No en vano, este mismo abril de 2009 se reunió en Praga, con el patrocinio de la Comisión Europea, un curioso congreso con un sugerente título: "*Science Beyond Fiction*". Tuve la suerte de



poder asistir para encontrarme con proyectos reales de investigación que parecían responder a algunos de los sueños más "locos", más "de ciencia ficción", de futuros desarrollos de la tecnología informática. La frontera entre la ficción y la verdadera ciencia empieza a hacerse añicos...

Por todo ello, una revista como esta con sus relatos de extensión medio-breve (alguno de ellos premiado en un concurso convocado anualmente por una asociación de estudiantes de la Facultad), un cómic, algún que otro ensayo reflexionando a partir de narraciones y/o narradores de ciencia ficción y todo lo que pueda venir... es una nueva esperanza más.

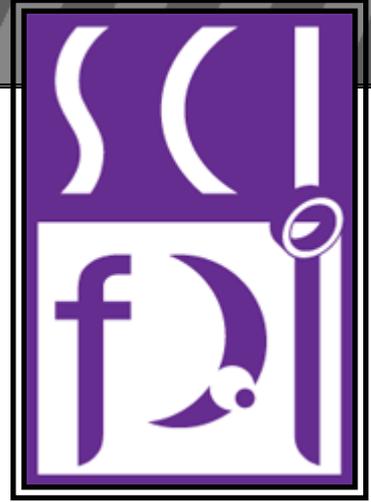
O mejor, ya no una esperanza, un verdadero sueño hecho realidad, una realidad que deseo siga en activo por mucho tiempo. ¡Enhorabuena y adelante!

© **Sci-Fdl**

Escrito por Miquel Barceló

Ahora corría campo a través. La mochila le golpeaba rítmicamente en la espalda y le asaltaban incómodos pensamientos sobre la posible inutilidad de haberla llevado. Los libros eran viejos y tal vez no supiera usarlos.

El sol se hallaba alto, casi en el cenit, y la sombra que arrojaba su cuerpo en movimiento era más bien escasa. Prácticamente no había árboles, sólo una vegetación pobre compuesta en su mayor parte de arbustos. No había sombras a su alcance. Control de clima había elegido un día sin nubes, y su cuerpo desacostumbrado se hallaba sometido a la inclemencia de un calor que le resultaba muy poco habitual. Sudaba.



Un cuerpo joven, ágil y en forma corriendo sin dificultad. Todavía sin excesivos sofocos.

Corría sólo desde la última hora, cuando había dejado atrás los límites de la ciudad. Antes había optado por no correr. Mientras estaba en la zona urbana andaba sin pausa y con cierta prisa. Andaba incluso en las aceras rodantes, sin dejarse llevar. Tal vez habría sido más seguro, menos conspicuo, pero no podía dejar de andar. Le parecía que así el tiempo se acertaba.

Las aceras rodantes le habían llevado hasta el exterior. Había tenido la precaución de cambiar repetidas veces de acera y dirección. Aunque deseaba ir deprisa, había optado por no utilizar las vías más rápidas pese a que hubieran sido las más concurridas y seguras. Aunque sabía que andar podía haber sido peligroso, no se atrevía a dejar de caminar. Afortunadamente otros viandantes atareados también se resistían a dejarse llevar y, al hacerlo, cubrían en cierta forma su escapada.

Julia le había aconsejado huir a la luz del día. Por la noche, decía, habría sido imposible. Las calles casi vacías le habrían delatado. Durante el día otros transeúntes deambulaban ocupando las aceras y, en esas condiciones, era más fácil pasar desapercibido entre la multitud. Había funcionado.

Ahora, algo más tranquilo por hallarse ya fuera de la zona urbana, recordaba la última y breve conversación:

-¿Estás seguro? El peligro es grande -Julia estaba realmente preocupada.

-No tengo otra opción. Si no me presento, vendrán a buscarme. Mañana cumplo los dieciséis, se me acaba la moratoria por edad. No quiero cambiar.

-No puede ser tan grave -Julia dudaba y no parecía querer dejarle marchar.

-Estoy seguro de que hay algo. Ese tío me lo dijo. No supo concretarlo, pero me advirtió que me cambiarían. Que era inevitable en mi caso.

-Seguro que exageraba. Así justificaba los créditos que te cobró. Y, si he de decir la verdad, todavía no entiendo por qué fuiste a verle.

-A mi padre le cambiaron. También a mi madre. No quiero que me lo hagan a mí. Tenía que saberlo.

-Pero lo que te dijo ese tío no es seguro.

-Lo bastante para mí. Parece que es un estudio sencillo: sólo saber si mi ADN es seguro o contiene inestabilidades. Ese tío lo vio bien claro. Recuerdo cómo cambió su cara cuando los datos aparecieron en la pantalla.

-Puro teatro. Tenía que representar su papel de conspirador. Tú parecías desear que fuera así -Julia se resistía a darle la razón.

-Lo siento, la decisión está tomada. No quiero que me cambien. Hay otros que se han ido.

-Pero el chip del doy-y-recibo te delatará.

-No necesariamente. Es seguro que no pueden controlar a todos. Todavía no tengo dieciséis años, no es lógico que me vigilen a mí. Es una vigilancia estadística y he de arriesgarme. No tienen porqué estar mirándome justo a mí. Somos demasiados en la ciudad.

Una raíz le hizo trastabillar y cortó el hilo del recuerdo. Volvió a atender a su carrera y al suelo irregular. Sudaba, corría, y recordaba cómo Julia se había empeñado en no dejarle marchar. Para ella era una evidente derrota: habían hecho demasiados planes para un futuro juntos.

Planes que la cercanía de sus dieciséis años había empezado a ensombrecer. Si le cambiaban (y estaba seguro de que sería así) él no se daría cuenta, pero ella sí. No podía soportar la idea de convertirse en algo distinto de lo que ella había amado, devenir un yo distinto del que constituía su consciencia, de lo que era y, en el fondo, quería seguir siendo.

Meses atrás había hablado con sus padres de la revisión, pero habían tomado su evidente preocupación como el clásico temor de los dieciséis años. La reacción habitual ante el primer acto de ciudadano con derechos, la revisión confirmatoria del doy-y-recibo. La tradición, el aséptico rito de iniciación de la vida moderna. Sus padres, como todos los padres, sabían que era necesario.

Desgraciadamente, como solía ocurrir, sus padres no eran de fiar. No en eso. Ambos habían sido cambiados, lo sabían, pero no recordaban gran cosa de su yo anterior. Ni parecía interesarles. Eran estables. No podía ser de otra manera, no se sobrevivía en la ciudad con rasgos de inestabilidad.

Hablar con sus padres no había servido de nada y, de sus compañeros, sólo Julia podía entenderle. O, en el peor de los casos, si no le entendía ni aceptaba su opción, estaba seguro que Julia no le delataría.

No le había delatado.

Pudo atravesar la ciudad y llegar a su exterior. Sabía que tenía que haber otros huidos. Esperaba encontrarlos pronto. Mientras tanto, los libros le servirían para sobrevivir fuera de la ciudad. Se trataba de viejos libros sobre supervivencia individual. Los había robado. Había sido fácil. Los libros eran objetos sin valor que ya no se usaban. Los lectos de bolsillo ofrecían muchas más posibilidades que la simple lectura: comunicación, mensajería, acceso a bases de datos, sinopsis, juegos y videohistorias. Pocos leían los viejos libros.

En la mochila sólo llevaba los tres libros y bastantes alimentos concentrados. No se había atrevido a llevar nada más que pudiera ser fácilmente rastreado y le delatara. Aunque se sabía delatado por el chip del doy-y-recibo. Era inevitable.

Él no había podido decidir. Se lo hacían a todos los recién nacidos. El profesor de historia había explicado que se trataba de la nueva versión de antiguos ritos que distintos grupos de la vieja humanidad inestable del pasado habían celebrado desde la más remota antigüedad: bautismo, circuncisión, ablación del clítoris... Parecía como si la humanidad hubiera optado desde antiguo por marcar a sus retoños de una u otra manera, física o simbólicamente.

Pero las cosas habían cambiado en los últimos trescientos años. El doy-y-recibo tenía, además, otras utilidades y justificaciones. La ciencia avalaba el nuevo ritual y la mayoría de la humanidad, aún manteniendo los viejos ritos, se sometía, en la inocencia de sus primeros días, al doy-y-recibo.

De repente un ruido ensordecedor se acercó desde atrás. El corazón le dio un vuelco. Le habían localizado.

Mientras maldecía su mala suerte sintió un cosquilleo en la nuca. El chip acababa de ser activado.

Cayó al suelo en el mismo momento. El negro oscuro de la inconsciencia invadió su mente.

Había perdido.

El helicóptero-jet aterrizó a su lado agitando la maleza y los arbustos con la fuerza de un huracán de bolsillo. Polvo arrastrado por el viento se depositó en remolinos sobre su espalda cubierta por una mochila ya inútil y, en el fondo, tan absurda como había sido momentos antes.

Él no lo sabía pero no había huidos.

Nunca los había habido.

Los dos vigilantes bajaron de la aeronave. El piloto ni siquiera detuvo el motor, sería una espera breve.

En un momento le cargaron en la camilla autotransportada que acompañaron y dirigieron después con la sola fuerza de sus dedos. La alojaron en el compartimento de carga. El piloto alzó el vuelo casi inmediatamente después, prácticamente sin dar tiempo a que los vigilantes entraran. Era el fruto de una larga práctica y de muchos años de trabajo en equipo, sin olvidar los muchos huidos que ese mismo grupo de vigilantes había detenido anteriormente.

En la aséptica sala blanca había excepcionalmente dos mujeres junto a la cama en la que reposaba su cuerpo. La intervención era rápida y automática pero la ley exigía una supervisión humana para dejar constancia del hecho en los registros. A veces, como en este caso, se aprovechaba una de las múltiples correcciones como ejemplo y formación de nuevas operadoras.

La mujer de más edad habló con voz monótona para el registro del invisible sistema de audio:

-Start. Varón caucásico, E-32.455-ATJKL-87, dieciséis años. Huida rutinaria según pronóstico. Corrección de ADN y cambio según patrones normales. Estabilidad posterior garantizada en un 99.997% según parámetros. Reinserción en diez días. Seguimiento especial en los tres primeros meses. Stop.

Cerrado el proceso de intervención y registro, la mujer joven, posiblemente incómoda con su papel pasivo de observadora, inició una tímida conversación:

-Parece mentira que sean tantos.

-Sí, es cierto. Demasiados. Los porcentajes son francamente altos.

-¿No podría hacerse antes? Si tantos intentan huir, porqué no corregirlos antes. Sería más fácil y con menos coste.

-Ya sabes que estoy de acuerdo, pero existen esos "derechos de los niños". Si el público supiera la cifra real de huidos se cambiaría muy pronto la ley pero... En el fondo da lo mismo. Ya sabes que la mayoría de revisiones incluyen la corrección.

-En realidad el doy-y-recibo no sirve para nada.

-Ahí te equivocas. "Doy mi ADN y recibo el chip". Una sencilla y rápida intervención a los recién nacidos, un ritual en pro de la vida social estable y controlada. Es básico.

-Pero muchos huyen y están las revisiones...

-La revisión y la corrección son importantes, pero todo empieza en el doy-y-recibo. Sin el chip no les localizaríamos ni podríamos detenerles. Sin el ADN no podríamos prever quienes pueden devenir inestables y asociales. El doy-y-recibo es fundamental. Implantarles el chip permite el control y el ADN permite preparar la corrección...

-Y, en cierta forma, saber con antelación quienes van a ser los huidos.

-Bueno, no es tan exacto. Ya sabes. Hay márgenes de error, por eso se espera a los dieciséis años... Bueno, dejemos éste y pasemos al siguiente.

Al tiempo que hablaba, accionó el pulsador y la cama se puso en movimiento. Un nuevo cuerpo, un ciudadano corregido y cambiado, se alejaba. Casi inmediatamente otra cama con un nuevo cuerpo adolescente, una chica esta vez, se acercó a las dos mujeres para el breve cumplimiento de un rito socialmente oculto pero imprescindible. El desconocido complementario del tan popular y aceptado doy-y-recibo.

La voz sonó de nuevo monótona.

-Start. Hembra caucásica, E-76.348-MTFRO-87, dieciséis años. Revisión rutinaria según pronóstico. Sin incidencias previas. Corrección de ADN y cambio según patrones normales. Estabilidad posterior garantizada en un 99.998% según parámetros. Reinserción en diez días. Seguimiento habitual en el primer mes. Stop.

La rutina se repetía.

Él nunca entendió qué le había ocurrido a Julia. A Julia le faltaban sólo unos meses para devenir ciudadana adulta con derechos completos, pero desde que él cumpliera dieciséis años, su relación se había ido enfriando. Posiblemente ya nunca hicieran realidad ese proyecto adolescente de un contrato de pareja. Ni siquiera uno de esos contratos basura de pocos meses. Un amor de juventud que había muerto con el tiempo y la madurez.

Pero lo cierto es que a él no le parecía que Julia fuera distinta. El cambio debía estar en otro sitio. ¿La madurez de sus dieciséis años recién estrenados? Tal vez.

© **Miquel Barceló**

Escrito por Julio Septién



La primera vez que la vi fue por accidente, a causa de una sucia pelea nocturna a la salida de una taberna, en un oscuro callejón cerca de las murallas. Lo que me pareció una reyerta de borrachos se transformó en una trampa y me encontré huyendo para salvar la última de mis vidas, casi a ciegas por el tortuoso laberinto que era esta parte de la ciudad. Al doblar una esquina que apenas intuí me hallé de pronto en un amplio patio ajardinado, iluminado por esferas suspendidas entre los árboles. Al fondo del jardín se erguía una pequeña construcción sorprendentemente hermosa, una esbelta torre rodeada de una amplia terraza. Apoyada sobre la balaustrada, una bella mujer envuelta en gasas de color violeta contemplaba las tres lunas, ensimismada en misteriosas ensoñaciones. Todo el lugar respiraba un aire mágico, como una especie de templo del que ella hubiera podido ser sacerdotisa o incluso diosa, insólitamente ajeno al entorno de bajos fondos en que se ubicaba. En el mismo momento en que oía los bufidos de mis perseguidores tras de mí, la mujer se volvió y me miró directamente a los ojos. Me atrapó la extraña y lúcida potencia de su mirada aguamarina, me absorbió su intensidad lo suficiente como para que mi reacción llegase demasiado tarde. Caí apenas me hube girado, con la espada a medio desenvainar y el cráneo aplastado por la pesada maza de un gigantesco matón.

La segunda vez que la vi fue también fruto de la casualidad, apenas unos días después, en un vagón de metro de la línea cinco. Se balanceaba de pie siguiendo los vaivenes del recorrido, sujeta a una barra mientras pretendía leer un libro de bolsillo. Lo hacía con escasa concentración, mirando repetidamente a su alrededor, examinando con inquietud a los compañeros de trayecto. Me había llamado la atención por su atractiva figura, pero cuando posó nerviosa la vista en mí reconocí al instante los ojos aguamarina, la viveza de una mirada que se tiñó de angustia cuando advirtió mi súbito interés. Tenía los rasgos más marcados que el rostro que yo recordaba y unas suaves ojeras que seguramente la luz de las lunas había enmascarado, pero sin duda era ella. Agobiada por mi insistente escrutinio la mujer apartó la vista y, presa de gran agitación, se apeó en cuanto el tren se detuvo. Aún maravillado por el extraordinario parecido consideré un instante la posibilidad de seguirla, pero deseché la idea enseguida. Mientras la veía perderse casi a la carrera entre el gentío que pululaba por el andén me reí de mí mismo, imaginando que probablemente la chica me había tomado por un chiflado o un acosador. Aún sonreía al recordarlo mientras abría la puerta de mi apartamento.

La tercera vez llegó sólo después de varias semanas. Había deambulado por las calles de la ciudad, siguiendo las pistas que debían conducirme hasta el escondrijo de mi supuesto enemigo. Sin embargo, poco a poco la misión fue perdiendo interés y me encontré explorando por mi cuenta el laberinto de callejones virtuales en las cercanías de la taberna de la que había arrancado todo el episodio, a la búsqueda del misterioso rincón ajardinado que ocultaba a la mujer de ojos aguamarina. Lo hacía en las horas nocturnas, intentando que la tortuosa mezcla de sombras y luces producida por las lunas despertase alguna sensación de familiaridad, favoreciese el reconocimiento de un rincón que me sirviera de referencia. Me llevó bastante tiempo encontrarlo y cuando lo hice fue por sorpresa, investigando un giro imposible, un recodo medio escondido al que nunca hubiera accedido deliberadamente. Me encontré entonces repentinamente de nuevo en el patio, frente al edificio. La mujer seguía en la terraza, la túnica de gasa transparente enmarcando como un aura violeta el espléndido cuerpo desnudo, la mirada perdida en el cielo cuajado de estrellas, y me sentí trasladado a nuestro anterior encuentro, como si la situación fuera continuación inmediata de los escasos instantes vividos semanas atrás. Nuevamente se giró y fijó sus ojos en los míos. A un mínimo gesto suyo trepé por las enredaderas que flanqueaban la torre hasta alcanzar la balconada. Cuando por fin la tuve a mi altura no pude evitar estremecerme. A la pálida luminosidad de las lunas el rostro de la mujer me pareció increíblemente hermoso, su mirada clara de una serenidad indescriptible. Pero me sorprendió sobre todo constatar, al acercarme más, cómo la textura de sus facciones no perdía detalle, la asombrosa naturalidad de su expresión, la frescura de sus matices. Nunca había visto en ningún otro personaje una resolución así, un grado tal de realismo, un trabajo de modelado tan perfecto. Me inundó una poderosa sensación de hallarme ante un ser de carne y hueso, en lugar de frente a un mero simulacro. Y lo más desconcertante era que, estaba seguro de ello, aquella mujer era sin duda la que había cruzado conmigo, a través de aquellos mismos ojos, espesas ráfagas de angustia en el mundo

real, sólo unas semanas antes.

-¿Quién eres?- le pregunté sintiéndome estúpido, consciente de que a quien quería preguntarle realmente aquello era a la chica del metro.

Ella me sonrió y sin decir palabra se alejó hacia el interior de la torre. Noté cómo se me aceleraba el pulso al verla caminar de espaldas, su cuerpo perfecto bajo la gasa contoneándose en un delirio de sensualidad. La seguí adentro, hasta una amplia cama con dosel cubierta por una colcha de terciopelo rojo. Allí, tendida sobre la colcha y despojada de la túnica de gasa, la mujer comenzó a acariciarse para mí. La observé extasiado durante unos minutos hasta decidirme a soltar los controles de la mano derecha e imitar su ejemplo, atrapado en unos ojos aguamarina que ahora parecían agitarse en un turbio y desbocado oleaje. Llegamos al clímax al unísono y se confundieron mis gemidos reales con los suyos en los auriculares, una perfecta comunión en la que desapareció todo límite entre ficción y realidad. Había probado algunos programas de sexo virtual con anterioridad pero lo de aquella noche fue diferente, en absoluto mecánico ni artificial sino, por el contrario, lleno de erotismo y pasión, un instante mágico y misterioso al que me entregué por completo. Apagué el ordenador empapado en sudor, convencido a un tiempo de que empezaba a enamorarme y de que enloquecía por momentos.

En los días que siguieron recorrí arriba y abajo la línea cinco del metro, impelido por un ansia incontenible, buscándola entre los vagones, los andenes y las muchedumbres apresuradas. Durante la noche me encontraba con ella en el jardín, disfrutaba en silencio su indefinible belleza, me entregaba al placer que siempre se ofrecía a compartir conmigo.

Hasta el sexto día no logré hallarla, sentada en un banco de un andén casi vacío. Estaba más delgada, los pómulos marcados en un rostro consumido, pero los ojos eran los mismos aunque más apagados, anegados por la angustia que había vislumbrado en nuestro anterior encuentro en el mundo real. Para entonces los míos habían adquirido un tinte similar. Lo había podido ver en cada trayecto de mi búsqueda, reflejado en las ventanas de los vagones que me devolvían una imagen ajena e inquietante, sobre un fondo de facciones indiferentes y anónimas.

Esta vez cuando me vio no desvió la mirada. Durante unos segundos que se alargaron hasta hacerse eternos intenté transmitirle lo absurdo de mis sensaciones, la impotencia con que vivía mi deseo de ella, el sinsentido de mi creciente obsesión. En sus ojos aguamarina la angustia dio paso casi enseguida al terror. Tuve consciencia, leyéndolo en esos ojos, de que no era para ella la primera vez, que yo era uno más entre los muchos maníacos que la acosaban obsesionados por las falsas expectativas despertadas por su alter ego virtual e intuí que estaba al límite de lo que podía soportar. Me aproximé extendiendo una mano, balbuceando unas palabras, pero ella se levantó y echó a correr con el rostro desencajado. No pude hacer nada por evitar que tropezase, ni que cayera a la vía casi al tiempo que el tren hacía su entrada en la estación. Y después de los chirridos, de los gritos y del olor a quemado de los frenos, inmerso en mi propio mar de confusión, de perplejidad y de culpa me perdí entre la gente escaleras arriba, hacia la salida.

De cuando en cuando regreso al patio oculto entre los callejones. He averiguado desde entonces muchas cosas. Entre ellas, el nombre del programador despedido que decidió incluir en este juego su particular venganza contra la mujer que amaba. Me enteré de que lo echaron de la casa de software a los pocos meses y no lo lamento por él. Tampoco he procurado saber qué ha sido de su vida. Ignoro si en el fondo sospechaba que acabaría logrando matar a la muchacha con su absurdo y retorcido homenaje, ni sé siquiera si esa era o no su intención. Pero, en cierto modo, también ha contribuido con ello a hacerla inmortal.

Ahora, cuando acudo a verla, me limito a contemplarla desde el patio, el rostro enmarcado en la aureola de las lunas violeta, formulándose preguntas irresolubles. Cuando los ojos aguamarina giran para fijarse en mí me doy media vuelta y corro por entre el laberinto de callejas en dirección a la muralla, hacia alguna de las tabernas de esta ciudad de fantasmas.

© Julio Septién

Escrito por Miguel Valero Espada

Ballard escritor, futurólogo y, a día de hoy, cadáver exquisito, escribió en la primera línea de *Crash*: “Vaughan murió ayer en el último choque.” Vaughan, uno de sus alter-egos, tiene un nuevo proyecto, un gran proyecto que pretende cambiar el devenir del ser humano: la reconfiguración del cuerpo humano por medio de la tecnología. Vaughan es el Mesías de la nueva carne y, en *Crash*, se sacrificó para mostrarnos el camino.

La tecnología siempre ha sido vista como una extensión de las capacidades del hombre. El martillo hacía más fuerte al puño, el hombre es más letal con el fusil que con el arco, el coche es más veloz que a caballo o a pie... Los estudiosos nos dicen que la mejora de alguna de nuestras capacidades conlleva irremisiblemente la atrofia de otra, por ejemplo, el martillo ablanda nuestras manos y el coche nos hace incapaces de caminar largas distancias. La cibernética clásica planteaba la posibilidad de existencia de cuerpos aumentados gracias a la adaptación de gadgets tecnológicos. El cuerpo físico actúa como sustrato moldeable para la nueva realidad humana, en la que las potencias del hombre rompen sus propios límites biológicos. La tecnologización del hombre tiene un proceso simétrico, la humanización de las máquinas. Las máquinas son cada vez más fuertes y más rápidas, y lo que es más turbador, más independientes. En este doble proceso se conjura el amor y el odio, el hombre-creador es seducido por su máquina-creación; pero a su vez se ve irremediamente abocado a medir sus fuerzas contra ella para sentirse el dominador último de la realidad. La fervorosa actualidad de la novela de Ballard se basa precisamente en la distancia que toman sus escritos con estos pensamientos clásicos.

La visión, que muestra a través de su enviado Vaughan, va mucho más allá de la concepción instrumentalista de la tecnología. El nuevo hombre no es el hombre aumentado; no es, ni mucho menos, el hombre que participa en la dialéctica del enfrentamiento con la tecnología, sino que el nuevo hombre danza al compás de la embriaguez maquinaica. La reconfiguración que nos propone se fundamenta en la destrucción de la unidad última de la individualidad: la muerte del sujeto y de sus límites simbólicos. El hombre debe romper su carcasa y dejar que la tecnología se instale en su propia sustancia. Vaughan nos guía hacia el nuevo hombre, pero antes debe acontecer el primer impulso salvífico: el bautismo del metal.

“El accidente había sido la única experiencia auténtica de los últimos años. Por primera vez me enfrentaba con mi propio cuerpo, inagotable enciclopedia de dolores y excreciones...” Ballard protagonista de la novela, que no por casualidad, comparte el mismo nombre con nuestro escritor, es el iniciado. Es uno de los elegidos por el azar, el destino o por una voluntad oscura; la colisión, el crash, es el momento sublime en el que la vida y la muerte se entrelazan en un abrazo obsceno lubricado por un amasijo de hierros. *Crash* no es un momento de destrucción sino un instante de fertilidad, el cuerpo y el metal se unen rompiendo los límites entre lo orgánico y lo inorgánico. Un instante privilegiado que sirve de metáfora para la nueva existencia. Ballard se convierte en seguidor de Vaughan, adorador de sus cicatrices, discípulo entregado a la exploración de los nuevos cuerpos.





(a) La incredulidad de Santo Tomás por Caravaggio



(b) Fotograma de Crash de David Cronenberg

“Titubeé al verme abrazado a esta criatura dorada y abominable, embellecida por cicatrices y heridas. Moví mi boca sobre las cicatrices de los labios, buscando con la lengua las huellas de tableros y parabrisas desaparecidos”. Cuando Ballard, o su esposa, acaricia las heridas de Vaughan se viene a la mente un acto parejo entre un discípulo y su Mesías: la bíblica incredulidad de Tomás. El discípulo no cree que lo que está viendo es Cristo resucitado, necesita palpar las heridas para ver que efectivamente él está ahí. Ballard, sin embargo, no busca nada más allá de las heridas, ya que los nuevos cuerpos no tienen profundidad. Están hechos de fragmentos de piel, carne y prótesis cosidas. Un trabajo de composición, en el que cada una de las piezas es intercambiable. Los cuerpos de Crash no son una entidad orgánica; no existe un ser trascendente detrás de las cicatrices. Si Santo Tomás introdujera su dedo a través de las heridas de Vaughan no encontraría más que carne y fluidos corporales, nunca encontraría la esencia del Mesías.

La historia del hombre es la historia de la dualidad alma y cuerpo; el cuerpo encierra el alma, la cual da forma al cuerpo. El alma es el verdadero ser, el Yo con mayúsculas. Sólo al alma le es prometida la inmortalidad, el cuerpo es una rémora material que nos condena en el mundo de las cosas perecederas. Ballard nos plantea una realidad sin sustancias últimas, ofreciéndonos una suerte de solución a la paradoja de Teseo. Nos cuenta Plutarco que tras el viaje de Teseo a Atenas, muchas de las piezas de su barco fueron reemplazadas, lo que llevo a cuestionar la identidad del barco. La pregunta que nos plantea Plutarco es si estaríamos ante la presencia del mismo barco si se hubieran reemplazado todas sus partes una a una. Vaughan le da un giro de tuerca a la paradoja; no importa qué demonios es en realidad el barco. El barco-en-sí no existe lo que importa es la yuxtaposición de las

partes, o más concretamente los lugares donde se unen los distintos fragmentos. Cada una de las juntas es un espacio de apertura hacia nuevas posibilidades de existencia. Las cicatrices se convierten en lugares de culto porque representan el espacio reservado para el nuevo avenir, el lugar donde acontece la inmortalidad.

Crash es la muerte de la transcendencia física, pero a su vez es un acto de fertilidad. A partir de la colisión el acto sexual se multiplica: Ballard fornicaba con su mujer, Ballard fornicaba con Helen Remington, después de que su marido muriera en el mismo accidente en que ella se quedó coja. Vaughan masturba a prostitutas mientras que Ballard conduce el viejo Lincoln. Vaughan fornicaba con la mujer de Ballard, mientras que éste observa desde el asiento del conductor. Ballard sodomiza a Vaughan, estimulados por la estilizada morfología del interior de su coche... Sin embargo, la proliferación de los actos sexuales está divorciada de cualquier función reproductiva. De hecho, el escritor elimina cualquier connotación erótica de sus descripciones de los actos sexuales. Vaughan no “follaba salvajemente o daba por el culo a una prostituta” sino que “alzaba bruscamente las caderas, introduciendo el pene en la vagina, y abriendo con las manos las nalgas de la muchacha, exponía el ano a la luz amarilla que inundaba el coche. [...] Le tomó con la boca el pezón izquierdo, luego el derecho, moviendo el dedo metido en el recto cada vez que pasaba un coche...” Los actos se convierten en bailes maquínicos al compás de los vaivenes de la electrónica y la velocidad. Los contactos no son entre dos cuerpos puramente físicos, sino que precisan de un medio metálico entre ellos. Los protagonistas de la novela se penetran e intercambian fluidos siempre subidos en sus coches. Los orificios de sus cuerpos: boca, ano, vagina... y sus penes y sus dedos no funcionan como órganos sexuales, ya que un cuerpo sin profundidad carece de órganos, sino que actúan como engranajes; metáfora última de las posibilidades extensionales de la nueva carne.

“Pechos de muchachas adolescentes deformados por los mandos del tablero, mamasectomías parciales de maduras amas de casa practicadas por el borde cromado de una ventanilla, pezones seccionados por el emblema de fábrica de un tablero; heridas en los genitales de ambos sexos abiertas por columnas de dirección...”



Fotograma de Crash de David Cronenberg

Llama la atención la regularidad con la que aparecen noticias en la prensa generalista sobre avances científicos en el terreno de la comunicación hombre-máquina, sobre las prótesis cibernéticas o los trasplantes milagrosos de corazones o rostros. A veces muestran a un macaco conectado a unos electrodos moviendo un brazo biónico por medio de las pulsiones electrónicas de su cerebro, otras veces son unos científicos de Londres los que tienen la cabeza llena de cables y consiguen comunicarse con otros científicos coreanos sin necesidad de accionar ningún teclado. Lo paradójico de estas noticias es que siempre culminan con una reflexión sobre la aplicación de los nuevos desarrollos a la mejora de las condiciones de vida de los minusválidos físicos, la posibilidades de comunicación de los niños autistas, o de la reinserción de grandes quemados.

La sociedad no tiene ningún reparo en investigar en las relaciones entre el hombre y las máquinas o en la modificación del hombre por medio de prótesis; sin embargo hay una silenciosa oposición de la moral pública a la aplicación de los avances en gran escala. La omnipresente coletilla de los noticiarios denota claramente el campo de aplicación de las mutaciones tecnológicas. Sólo los "freaks", siempre considerados de una naturaleza aparte, tienen el beneplácito para probar las delicias de los nuevos ingenios cibernéticos. Las mieles de la nueva carne están reservadas a aquellos que ya se hayan desprendido de la antigua, a los no humanos. Muy pocos son los elegidos. Vaughan construye su rebaño recolectando a iniciados; sólo una colisión es necesaria para ver la luz; para ver el interior de su propio cuerpo proyectado contra el parabrisas y sentir la fragilidad de los límites entre el interior y el exterior.

El escritor, reflexionando sobre su propio libro, nos dice: "A lo largo de *Crash* he tratado el automóvil no sólo como metáfora sexual sino también como metáfora total de la vida del hombre en la sociedad contemporánea." Yo le pregunto, ¿por qué el coche? El coche es uno de los símbolos de la revolución industrial y de la producción en cadena. Es uno de los sueños de los inventores del siglo XIX. ¿Por qué Ballard elige un símbolo de otra época, una "antigualla" tecnológica, para sublimar la nueva carne? ¿Por qué no habla de robots o de replicantes como el resto de los futurólogos de su tiempo? El coche es el último reducto industrial del cual el hombre no consigue desprenderse, quizás esa sea la razón de dicha elección. En pleno siglo XXI, seguimos embriagados de automóviles. Mientras que los demás adelantos tecnológicos se suceden unos a otros, el coche sigue entre nosotros, imperturbable ante el paso del tiempo. Los escritores de ciencia ficción imaginaron que en el futuro volaríamos o nos teletransportaríamos de un lado a otro, que viajaríamos en cápsulas a la velocidad de la luz. A nadie se le ocurrió pensar que seguiríamos dando vueltas a las carreteras de circunvalación de nuestras ciudades subiendo en los coches de toda la vida.

Ballard, en los años 70, podría haber elegido los ordenadores como metáfora de la sociedad. Podría haber imaginado los nuevos cuerpos como cyborgs, hombres con periféricos o máquinas con cerebros humanos. Pero su libro es mucho más actual al haber elegido el automóvil. Sin ir más lejos, el concepto de ordenador ha caducado; la imagen de una suerte de televisor conectado a una máquina de escribir por medio de un cable, forma parte del pasado. El ordenador ya no se aporrea sino que se acaricia y se le habla al oído, el coche, por el contrario, sigue siendo una carcasa de metal, con cuatro ruedas, tirado por un motor de combustión. Es sintomático ver como los ordenadores han abandonado los hertzios en favor de los flops creando una terminología propia de su medio, mientras que los automóviles siguen midiendo su potencia en caballos de vapor.

No es casual que el escritor haya elegido el automóvil como metáfora de nuestro tiempo precisamente por esa conexión con lo primitivo. La poderosa apuesta de Ballard es construir su ciencia ficción con elementos del pasado y no proyecciones imaginarias del futuro. Ballard se da cuenta de que el hombre no puede imaginar nuevos universos; cualquier tentativa de pensar el futuro es caduca. Sin embargo, sí que puede crear nuevos mitos fundacionales de nuestro presente. Reconfigurar la historia para conseguir que el presente se adecúe a las nuevas imágenes del mismo. Vaughan recrea los accidentes más famosos con la precisión de un ritual religioso. Documenta cada una de las cicatrices de los accidentados, repasa con esmero las secuencias de las colisiones. Quiere sacar los accidentes del tiempo histórico para llevarlos al tiempo mitológico. Vaughan es un Mesías no es un dios en la tierra. Él busca que el hombre pierda el contacto con su naturaleza heredada, que sea su propio Demiurgo, creándose a su propia imagen y semejanza, para ello nos brinda unos nuevos mitos fundacionales; accidentes catárticos que actúen como cimientos simbólicos de la nueva realidad. Ballard, Vaughan y Ballard, tríada salvífica. Quizás sean todos la misma persona o, tal vez una mezcla entre fantasías y obsesiones, a caballo entre lo real y la realidad. Quizás Ballard en lugar de morir de un cáncer de próstata se inmoló en un coche para, después de muerto, sentirse más vivo que nunca.

© Miguel Valero Espada

Escrito por Salvador de la Puente González

Escribo para distraer mi atención de la espeluznante realidad. Trato de esforzarme en las palabras que elijo, en el estilo de la narración, en su correcta puntuación, en cualquier detalle con el fin de mantener mi mente ocupada en alguna actividad creativa alejada de la rutina diaria. Sin embargo no puedo dejar de buscar una explicación lógica a los extraños acontecimientos ocurridos durante todo el día. Trataré de ordenarlo todo relatándolo desde el principio.

El despertador sonó a las 7.00 de la mañana como ocurría siempre, de lunes a viernes. Aún me costó media hora levantarme de la cama. Abrí el armario para escoger la ropa del día, luego los cajones con la ropa interior; la chaqueta y la corbata dispuestas sobre la cama. Salí del cuarto y me dirigí directamente a la ducha, me pareció escuchar el ruido de la cerradura de una puerta pero concluí que debía ser la puerta del vecino que salía a trabajar. Me fijé en el reloj despertador una vez más, ya era muy tarde.

Salí de la ducha y comencé a vestirme, dejé que la radio del despertador sonara con el fin de animar mi reciente despertar y cuando me acerqué al espejo para ajustar el nudo de la corbata sentí una intensa sensación de déjà vu que me mareó por unos instantes y me obligó a sentarme al pie de la cama. Ni un instante tardé en percatarme de una presencia a las puertas de mi habitación, me sobresalté e incorporé de un salto y señalándole con la mano pregunte: “¿Quién demonios eres tú?”

– Soy una versión de ti mismo, soy tú. – Respondió mi viva imagen, quien me observaba seriamente desde la puerta de mi habitación. Tenía la misma cara que cada vez que miro al espejo veo reflejada en él. Lucía el mismo corte de pelo, la misma barba y vestía la misma ropa que acababa de ponerme. – Escúchame – incluso su voz, distinta a la que suelo escuchar de mi mismo, poseía esa cualidad indiscutiblemente mía que permite reconocernos en las grabaciones de vídeo – vengo desde el futuro reciente para advertirte acerca de algo que no puedo revelarte porque traería demasiadas complicaciones. Pero si me crees, y sé que es así, no saldrás hoy de esta casa...

Supuse que iba a continuar hablando, sin embargo debió darse cuenta de mi cara de incredulidad porque se calló por un instante y luego añadió: “No tengo mucho tiempo, vayamos al salón y trataré de explicártelo mejor”. Supongo que sobra decir que no daba crédito a lo que estaba viendo y enseguida pensé que se trataba de alguno de esos sueños en los que la ficción se vuelve particularmente real, sin embargo también tenía esa extraña sensación de la vigilia o el reciente despertar y recordaba brevemente fragmentos de los verdaderos sueños que seguramente habría tenido aquella noche.

Irónicamente, me sorprendió como aquel visitante inesperado se movía por mi casa como si fuera la suya. Salió de mi habitación y se dirigió a la cocina sin encender una sola luz, esquivando todos mis muebles. Incluso enderezó ese cuadro del pasillo que llevaba tanto tiempo molestándome con su leve inclinación. Yo me dirigía hacia las persianas para dejar entrar la luz de la mañana, en un intento irracional de mi mente de cumplir algún tipo de rutina mientras trataba inútilmente de despertar de aquella incoherente fantasía. Luego me senté en uno de los sofás y fui a coger las llaves de casa, las cuales dejaba siempre sobre la mesa, antes de acostarme. Sin embargo aquella vez había dos juegos de llaves idénticos.

Miré hacia el pasillo y escuché proveniente de la cocina, como mi doble preparaba café en la máquina de expreso. Tomé ambos juegos de llaves, uno con cada mano y los examiné detenidamente. Primero comparé el número de llaves y a continuación la factura de las mismas: conté el número de muescas de cada una y medí la profundidad de las mismas. Luego exploré cada imperfección sobre la superficie del llavero, cada desgaste del esmalte, cada marca en su fabricación. A mi juicio, ambos juegos de llaves eran idénticos.

Volví a dejar los llaveros sobre la mesa y vi una cartera. Afortunadamente no era mía y supuse que se trataba de la de mi inesperado invitado. Alargué la mano hacia ella pero su voz (o mi voz, puesto que insisto, era como oírse a uno mismo a través de una grabación) me interrumpió.



– ¿No te enseñaron a no hurgar en las cosas que no son tuyas?

– Si lo que dices es cierto – respondí – entonces esa cartera también es mía, o lo será, ¿no?

Mi otro yo sonrió durante un instante, torciendo los labios en un gesto que me recordó exageradamente a mi padre o a mi mismo, no estoy seguro. Luego se sentó a mi lado dejando los cafés con leche sobre la mesa. El mío estaba amargo, como me gustaba, e intuí que el suyo sabría igual. Eran las 8.30 de la mañana y llegaba tarde al trabajo.

Callados, tomamos el café cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Me preguntaba cuán parecidas debían resultar las preocupaciones de cada uno. Al beber el primer sorbo me quemé la lengua y por fin sentí la certeza de que estaba despierto, totalmente despierto, o al menos tan despierto como podía estarlo el resto de la humanidad. Inmediatamente, empezaron a surgir algunas preguntas inevitables. Por su aspecto, idéntico al mío, su presente no podía distar mucho de este, sin embargo no existe la más mínima evidencia de que el viaje en el tiempo sea posible. ¿Tal vez tuviese algo que ver la inminente activación del LHC? El día del gran botón rojo, como se refería informalmente la comunidad científica a tal evento. Y de ser así o de cualquier otra forma, ¿cómo podía ser que, de entre todas las personas con acceso a la tecnología más avanzada, fuera precisamente yo, un simple trabajador de una subcontrata, quien protagonizara un viaje temporal?

– Ahora mismo te estarás haciendo muchas preguntas acerca de por qué estoy aquí, cómo he venido y por qué tengo tanta prisa. – Comenzó a hablar tranquilamente, recostándose sobre el sofá. – Yo también me las hice cuando él vino a visitarme. Quiero decir otro de nuestros yo. Vino a decirme lo mismo que yo trato de decirte ahora y te sorprendería saber lo increíblemente parecido que fue entonces.

– ¿Qué tengo que saber? – pregunté inquieto. – Existen tantas cosas que querría preguntarte...

– Escúchame con atención. Voy a marcharme en menos de diez minutos porque tengo asuntos importantes que atender aquí. Asuntos no relacionados conmigo, quiero decir, contigo pero que requieren pronta intervención por alguien que conozca lo sucedido. O viéndolo desde tu punto de vista, lo que está a punto de suceder.

– Sin embargo – prosiguió echándose hacia adelante y cruzando sus manos hasta adoptar la misma pose de preocupación que tenía yo en ese mismo momento – te diré esto: no salgas hoy bajo ningún concepto. Aíslate del mundo: no veas la televisión, no respondas al teléfono, no te conectes a internet, evita pensar en el futuro, no leas nada que no hayas leído ya. No llames a nadie, no envíes ningún mensaje... Sencillamente aíslate. Sólo hasta mañana y podrás volver a hacer lo que quieras.

– ¿Va a pasarnos algo malo, verdad? ¿Qué va a ocurrir? ¿De dónde vienes? ¿Cómo has viajado hasta aquí? – Lo pregunté todo al mismo tiempo, con la esperanza de que alguna de las preguntas tuviera respuesta.

– Van a ocurrir cosas, cosas que te harán dudar y harán temer. Ahora no lo entenderás, pero a mi no va a ocurrirme nada malo, nada más. Te ocurrirá a ti. –Hizo una pausa y me miró a los ojos seriamente. – Porque tú y yo compartimos cierta historia, cierta configuración térmica de las partículas que ha dado lugar a nuestros recuerdos del pasado, a nuestra apariencia física y a la historia de quien nos rodea. Incluso presenta un comportamiento radicalmente idéntico de cara al futuro. Es terriblemente probable que en esta realidad se sucedan los mismos acontecimientos que ocurrieron en la mía. Estoy aquí para cambiar eso pero mi mundo, mi pasado, mi familia y mis amigos, no los tuyos, ya no existen. Mi vida, tal y como ahora veo la tuya, no volverá a ser parte de mi. Este es mi futuro pese a todo y nadie puede cambiar su pasado.

Se levantó. Yo también me levanté de un brinco tratando de recobrar cierta autoridad sobre mi casa. Me sentía intimidado y nervioso. Quería gritar que se marchara, quería golpearle con todas mis fuerzas, coger sus llaves para que jamás volviese a entrar y echarlo a patadas de mi casa. Sin embargo tan sólo recogí los cafés y los llevé hacia la cocina en silencio. Mientras lavaba las tazas escuché como se despedía de mi.

– Lo único que quiero que tengas claro es que lo que hagas hoy, lo harás por ti. – Oí como abría la puerta del salón. – No te preocupes por mi y menos por el futuro puesto que pese a todo, nada está escrito. Adiós, te deseo suerte.

Echó el cerrojo tras salir por la puerta y yo me encendí un cigarrillo y me lo fumé en silencio mientras trataba de no pensar en nada.

Crucé el pasillo y miré la puerta, luego me acerqué hasta la ventana del salón y contemplé el bosquecillo de antenas que se elevaba sobre la ciudad, miré a la calle y hacia sus transeúntes apresurados, dirigiéndose a sus puestos de trabajo. Observé el denso tráfico de la Gran Vía mientras terminaba de fumar y trataba de decidir qué haría a continuación. Tenía la firme intención de quedarme en casa pero cada vez que recordaba lo que acababa de pasar, sentía una extraña sensación de vergüenza que me impulsaba a coger las llaves del coche y marchar hacia el trabajo desestimando la advertencia del desconocido.

Traté de aislarme y comencé por cerrar la persiana de nuevo y encender las luces del salón. Me tiré en el sofá y cogí el mando de la tele. Pero cuando fui a apretar el botón de encendido me quedé paralizado recordando las palabras del viajero del tiempo: “No veas la televisión, no contestes al teléfono...” Y tan pronto como las repetí en voz baja dejé el mando sobre la mesa otra vez y me llevé las manos a la cara. Me recosté sobre el sofá y traté de conciliar el sueño de nuevo.

Entonces sonó el teléfono. Me quedé helado antes de darme cuenta de que me había quedado dormido. Eran las 10.25 y probablemente me llamaran desde el trabajo. Me levanté y fui a descolgar. Pensé en decir que me encontraba enfermo con el fin de no tener que dar explicaciones al día siguiente.

Antes de descolgar se me ocurrió mirar el display del teléfono y comprobé que se trataba de un número desconocido. A juzgar por su longitud aún podría tratarse de la oficina si se indicaba la extensión del departamento de software, donde trabajo como analista. Pero la duda, la preocupación y probablemente la paranoia vencieron mi curiosidad. Esperé a que la terminal dejara de sonar y aproveché para desconectar el cable telefónico. Luego hice lo mismo con el teléfono de mi despacho y por último apagué el móvil. No, miento. Realmente sólo lo silencié y lo guardé en mi bolsillo.

Pensé que quizá podría coger el periódico del buzón y podría entretenerme leyendo o haciendo algún crucigrama. Pero recoger el periódico suponía abandonar el apartamento al menos durante algunos instantes y tan sólo la puerta cerrada infundía un profundo temor en mí. Víctima del aburrimiento más absoluto me dirigí al despacho y encendí el ordenador con la idea de poder jugar un solitario o busca minas.

Inicié sesión y me dispuse a leer el correo, como hacía de manera habitual, cuando sonó el telefonillo de la calle. Me levante rápidamente y alcancé la puerta para mirar a través de la mirilla. Volvió a sonar el telefonillo pero para cuando pretendía descolgar escuché como la puerta del recibidor se abría al tiempo que el interfono emitía ese aviso inconfundible de puerta abierta.

Cuando volvía al despacho, el salvapantallas se había activado y sin embargo pude escuchar la notificación de correo entrante. Fue entonces cuando me dí cuenta de mi error. Ni siquiera moví el ratón o apreté tecla alguna en el teclado. Sencillamente pulsé sobre el botón de apagado para terminar drásticamente la sesión. Luego fui hasta el router, al lado de la televisión y el teléfono y también lo desconecte. Ahora, el aislamiento entre la información y mi cerebro era total.

Pude hacer tiempo hasta las 15.30 leyendo unos ensayos sobre ciencia ficción que había leído durante mi juventud y que ahora me parecían muy acertados. Luego metí una pizza en el microondas y comí con el libro al lado, mientras terminaba de leer “Grandes relatos de la ciencia ficción rusa”. Durante algunos instantes, la habitación quedaba en completo silencio, sin ni siquiera el sonido del tráfico o de la calle. Tan sólo yo y mis pensamientos.

Después de comer tomé otro café y me senté en el sofá. Fue entonces cuando algo cambió, la poca luz natural se ausentó de repente. El tráfico quedó mudo de nuevo y tan sólo podía notar una pequeña vibración de fondo, como el silencio inquieto de los cables de alta tensión: un zumbido grave que parecía provenir de todas partes. Me acerqué a la ventana, en un vano intento de mirar a través de las rendijas de la persiana. Sin embargo no vi nada y entonces sentí un gran temblor y el sonido del metal retorciéndose en el interior del edificio.

Fui presa del pánico, me alejé de la ventana para refugiarme en mi habitación justo a tiempo, porque los cristales de toda mi casa, vasos y vajilla incluidos como me dí cuenta después, comenzaron a vibrar y a silbar y por último colapsaron en un estruendo tal que me hubiese reventado los tímpanos de haber estado más cerca. Las persianas retumbaron y se agrietaron pero no se descolgaron ni se

rompieron. Su plasticidad las había salvado y me mantenían ajeno a lo que estuviese ocurriendo fuera.

Me apresuré al teléfono y lo conecté, no ya para comunicarme sino para cerciorarme de que seguía habiendo línea. Hice lo mismo con el router y me dí cuenta de que seguía habiendo luz así que, fuese lo que fuese que hubiese ocurrido ahí fuera, no parecía haber interferido ni en las comunicaciones ni en los servicios básicos. Esto me llevó a pensar en el agua así que me metí en un baño y dejé correr el grifo. Todo parecía ir bien.

Comencé a escuchar las voces de mis vecinos que se llamaban unos a otros supongo que para ver que todos estaban bien. Escuché algunos llantos de bebé probablemente del hijo del vecino del sexto que acababa de nacer hace no más de cuatro meses. Pegué la oreja a la puerta para tratar de escuchar qué había sucedido. No parecía haber heridos graves aunque las vajillas habían reventado produciendo algunos cortes. Miré por la mirilla pero en la recepción del piso no había nadie y no alcanzaba a ver nada más.

Llamaron de nuevo, entonces me dí cuenta de que no había desconectado el teléfono tras comprobar que había línea. En el display aparecía "MAMA". Lógico, si el terremoto había sido tan fuerte probablemente ya fuera noticia en todo el país. Sin embargo no me atreví a descolgar. El fijo dejó de sonar y noté como se me iluminaba el pantalón. Miré el móvil y vi que me llamaban. También aparecía "MAMA". Debían estar muy preocupados por mi... o tal vez todo fuera una simple coincidencia. ¿Qué podía estar pasando? ¿Por qué el viajero del tiempo me obligó a quedarme en casa? Si estuviera en el trabajo, no habría vivido nada de esto. ¿Acaso mis compañeros lo estarían pasando peor? ¿O me habría pasado algo de no haber estado en el refugio de las paredes de mi apartamento?

No colgué pero tiré el móvil hacia el sillón y lo miré hasta que dejó de iluminarse. ¿Tan difícil era permanecer un día al margen de todo? ¿Tan ligados a las comunicaciones estamos que no podemos pasar un día sin ver la tele, conectarnos a internet o hablar con nuestros amigos? ¿Es que no hay ninguna actividad que sólo pueda hacerse en soledad? Algunas respuestas obvias pasaron fugazmente por mi mente. Me dirigí hacia la puerta con la intención de rendirme y salir de mi apartamento de una vez por todas. Tiré del pomo y comprobé que mi doble había echado el cerrojo. Cogí las llaves y cuando me dispuse a dar la última vuelta algo golpeó violentamente mi puerta. Tanto, que me hizo dar un traspies y alejarme súbitamente.

– ¿Quién anda ahí? – pregunté nervioso y algo asustado. – ¿Qué sucede ahí fuera?

No hubo respuesta. Maldije para mis adentros y me dirigí nuevamente hacia la puerta. Miré por la mirilla pero no conseguí ver nada. Algo bloqueaba el paso de la luz desde el exterior. Otra vez el golpe. Y otra vez. Entonces comencé a oír como si trataran de rascar la puerta, y al pegar la oreja pude percibir un jadeo al otro lado que me heló la sangre. Tenía que ser algún perro asustado pero no oí ladridos ni gruñidos. Sólo ese jadeo incesante.

Corrí hacia mi despacho, ahora no quería salir de mi apartamento por nada del mundo. Una vez allí, cerré la puerta y eché el cerrojo. Me recosté sobre la silla y traté de pensar. Noté un destello en la pantalla CRT de mi ordenador. Miré detenidamente la superficie y vi cómo se iluminaba en finas franjas blancas, rojas y verdes que se entrelazaban creando motivos geométricos con aspecto de fractales. Luego los discos duros se pusieron a girar y hacer ruido, como si los cabezales chocaran contra las pistas. Luego el reloj digital sobre mi mesa empezó a marcar horas inverosímiles hasta detenerse de nuevo en la hora actual, las 17.45, tras lo cual comenzó a marchar hacia atrás.

Automáticamente miré mi reloj de pulsera que, gracias a Dios, seguía contando los segundos hacia adelante. Salí de la habitación con el pulso temblante. Avanzaba pisando los cristales de los cuadros que habían reventado por culpa del terremoto. La luz se había ido pero sin embargo, el reloj de mi despacho seguía funcionando. Quizá con menor brillo, quizá ahora tomara su energía de las pilas de seguridad pero no conseguía recordar si ese era uno de aquellos relojes. Como fuera, avancé despacio por el pasillo hasta llegar al salón una vez más. La tele también mostraba aquellos patrones de franjas extrañas y los dispositivos digitales contaban el tiempo hacia atrás.

Me acerqué hasta la persiana y la abrí lentamente. El aire frío de la calle me golpeó en la cara secándome los labios y la puerta de mi despacho, debido a la corriente, se cerró de golpe. En el marco de la ventana aún descansaban los restos del cristal cuyos pedazos estaban sobre la acera. El tráfico se había detenido y las calles estaban vacías. Una nube negra como el carbón cubría la Gran Vía y rayos azules y blancos saltaban de cúmulo en cúmulo y a veces precipitaban sobre las antenas de los

edificios cercanos. El zumbido eléctrico volvió a hacer presencia acompañado de un ligero olor a ozono. Sin darme tiempo a reaccionar, un poderoso haz de luz se estrelló contra el suelo dejándome ciego al instante y con un intenso pitido en los oídos lo que me desequilibró y me hizo caer sobre la alfombra del salón. Tan agudo era el dolor que perdí el conocimiento durante algunas horas.

Me despertó el frescor de la lluvia y a continuación un ligero ardor en la cara. Las gotas que se colaban por la ventana abierta me salpicaban de vez en cuando y donde tocaban mi piel abrían pequeñas laceraciones. Abrí los ojos y tardé un tiempo en acostumbrarme a la luz. Afortunadamente no estaba ciego y el pitido había desaparecido. Tan sólo me dolía la cabeza. Miré el reloj pero éste se había parado. Me acerqué a la ventana con cuidado, tratando de cubrir mi rostro de la lluvia y en la calzada, allí donde me pareció ver caer el chorro de luz, había un cráter de unos 5 metros de diámetro, con el pavimento hundido y marcado por aros concéntricos de lo que parecía piedra fundida. La nube oscura seguía sobre Gran Vía. El zumbido regresó y el olor a ozono se hizo más fuerte.

Esta vez bajé la persiana muy deprisa, me cubrí los oídos con los cojines y cerré los ojos. Sin embargo, la habitación se iluminó completamente y pude escuchar el estruendo amortiguado por los cojines. Me quedé paralizado, enroscado sobre mi mismo sobre el sofá, temblando como un animal asustado y sin atreverme a levantar la cabeza. A los diez minutos, se produjo otro. Y luego otro. Haciendo acopio de valor, busqué en el cajón de mi habitación mi reproductor de música y unos auriculares y comencé a escuchar temas de Deep Purple. Por suerte, los auriculares conseguían reducir casi todo el estruendo. Luego coloqué toallas y papel de cocina en las rendijas de las ventanas para evitar que entrara la luz, el frío y aquella lluvia salvaje.

Volví a echar el cerrojo en la puerta principal. Tomé papel y un boli, me encerré en mi despacho y comencé a escribir esto.

En este momento calculo que debo llevar más de dos horas escribiendo. No sé si me he quedado dormido de nuevo en algún momento. Para ser precavidos, suponiendo que no, deben ser casi las doce de la noche pero no tengo modo de saberlo. Tengo el móvil sobre la mesa pero no sirve de nada porque la batería se ha descargado completamente. Escribo a la luz de una vela porque no hay energía eléctrica. Tampoco línea telefónica, ni cable, ni siquiera agua corriente. He cogido el GPS del coche el cual guardo en mi casa y tampoco hay señal desde los satélites. Por fin estoy completamente aislado.

He terminado de narrar los acontecimientos hasta este preciso instante. También he tenido tiempo de pensar. Incluso, cuando he notado la ausencia de los rayos y la lluvia, he reunido valor suficiente para abrir la puerta de mi apartamento. En el recibidor no había nada. Fuera lo que fuera que bloqueara la mirilla ya no está y aquello que intentaba traspasar la puerta tampoco está ahí. He tomado algo de apoyo para poder seguir escribiendo y escribo estas palabras mientras decido si saldré o no a la calle. Me tiemblan las piernas y el pulso de las manos. Me duele la mandíbula y la espalda fruto del estrés y no puedo desviar mi atención del pasillo. Puedo salir ahora, o bien marcharme a mi habitación y tratar de conciliar el sueño unas horas más. Según la información que tengo, si aguanto hoy, mañana podré volver a hacer lo que quiera.

Por otra parte, si decido salir es posible que me suceda algo. Algo que me hará viajar en el tiempo y en el espacio hacia otra realidad. Quizá no tuviera por qué volver al pasado para advertirme de nada. Quizá el mero hecho de haber escrito esto y haber aguantado tanto ya haya cambiado mi destino... pero sólo quizá.

Bueno, he escrito hasta aquí y he tomado una decisión.

...

Vale, si me has hecho caso, habrás leído esta carta antes de cruzar esa puerta. Lee con atención: si quieres poner punto y final a esta secuencia incongruente de viajes en el tiempo, cerrarás la puerta de nuevo y te irás a la cama. Como te dije, como me dijeron a mí y como le dijeron a él, si aguantas

hasta mañana serás libre y podrás hacer lo que quieras. Esta narración que escribí por puro tedio, te ha tenido que convencer, a través de mis vivencias escritas y las tuyas vividas, de las probabilidades de que ocurra lo mismo en tu realidad.

Por otro lado, si cruzas esa puerta, asegúrate de llevar esta nota contigo y escribir tu propio mensaje al final, porque se lo tendrás que explicar al siguiente.

Escrito por Ismael Rodríguez Laguna



Los seres topo vivimos en armonía en nuestro oscuro mundo ciénaga desde tiempos inmemoriales. Ni los más antiguos del lugar pueden decir cuándo comenzó la armonía. Sabemos que, como todas las especies, hemos evolucionado desde formas más primitivas. Hace mucho, mucho tiempo, fuimos seres unicelulares, luego seres pluricelulares, y después evolucionamos a un primitivo estado larvario. Entonces crecimos en complejidad y, mucho tiempo después, nuestra especie se convirtió en los evolucionados y complejos seres topos que somos ahora. No lo negaré, también sufrimos de ciertas carencias. Somos ciegos. Sólo nos conocemos los unos a los otros a través del sentido del tacto. Nuestras matemáticas son muy primitivas, hasta el punto de que jamás hemos podido hacer un censo completo de nuestra población. Sin embargo somos intuitivos y aprendemos con facilidad. Los seres topo estamos orgullosos de nuestra especie, de nuestra sociedad y de nuestra civilización.

Sabemos que somos muchos, muchísimos. En tiempos antiguos nuestro mundo ciénaga era vasto, inmenso e inexplorado. Entonces crecimos, nos expandimos por el mundo ciénaga hasta colonizarlo por completo. Ahora poblamos todo el mundo, somos enormes, vivimos apretados unos con otros y el espacio escasea. Allá donde vaya, hay un ser topo. Estoy harto de recibir golpes de Temblón y de tener que apartarme a Suave atizándole con mis patas traseras.

Algunos se plantean que deberíamos comenzar la exploración del espacio exterior. Llevamos recibiendo señales del mundo exterior desde tiempos inmemoriales. Hemos logrado identificar algunos mensajes. Algunos seres topo dicen que estos mensajes llegan desde otros mundos lejanos, otros dicen que es la voz del propio mundo ciénaga que se refleja en los límites del espacio. Sin embargo, la mayoría acepta que los alienígenas probablemente existen.

En un principio, no hubo consenso en nuestra sociedad sobre si debíamos invertir nuestros escasos recursos en desarrollar el viaje espacial. Pero luego el mundo ciénaga comenzó a volverse más inhóspito, comenzaron los terremotos. No llegaron a causar bajas, pero fueron aumentando en frecuencia e intensidad. Al cabo de un tiempo, los seísmos se hicieron terribles, a duras penas conseguimos mantener las cosas en orden. Recuerdo que Suave apenas podía resistir la presión mientras Temblón se acurrucaba presa del pánico.

Un día se hizo patente que el apocalipsis estaba cerca. Nuestro mundo se estaba derrumbando. La intensidad de los temblores era enorme, todo por lo que habíamos luchado se venía abajo. Entonces decidimos que había llegado el momento de explorar el espacio exterior. Pusimos a nuestras mentes más preclaras a diseñar el viaje espacial. No nos quedaba mucho tiempo. O bien encontrábamos una forma de escapar de nuestro mundo ciénaga, o en poco tiempo nuestra civilización sería destruida para siempre por un gran terremoto devastador.

Entonces algunos propusieron que podríamos canalizar y utilizar la energía generada por los seísmos para alimentar nuestro viaje al espacio exterior. Suave, quizás movido por la presión (estaba sufriendo mucho) se ofreció voluntario para ser el primer ser topo en explorar el espacio exterior. Sería un viaje muy arriesgado. Su valentía fue elogiada por toda la sociedad topo.

Mientras se hacían los preparativos del primer viaje espacial de nuestra sociedad, los terremotos se hacían cada vez más terribles y comenzaban a causar verdaderos estragos en la moral de nuestros habitantes. Simultáneamente, el número de mensajes recibidos desde el mundo exterior creció. Albergamos la esperanza de que alguna sociedad alienígena pudiera venir en nuestro rescate. Quizás, al salir al espacio, Suave pudiera contactar con los seres de otros mundos y recibir su ayuda.

Entonces, finalizada la preparación del viaje, la cápsula de Suave se propulsó alimentada por la energía sísmica. Notamos cómo se alejaba del mundo hacia los confines del espacio y contuvimos la respiración. Alguien afirmó percibir cómo la cápsula de Suave se rompía en su ascenso. Si eso era cierto, Suave no duraría mucho tiempo en el espacio exterior. Pasado un rato, no obtuvimos ningún mensaje de Suave.

Mientras la sociedad topo trataba de asimilar el probable fracaso del viaje de Suave, los terremotos regresaron con una fuerza destructora inusitada. Y entonces fui yo mismo el que se ofreció voluntario, ante todo el mundo ciénaga, para tripular un segundo intento de viaje hacia el espacio. El posible fracaso de Suave no debía condicionarnos. O lográbamos salir del mundo, o todos pereceríamos presa de un último terremoto final.

Aprovechando el siguiente seísmo, comencé mi propulsión hacia el espacio. Entonces mi cápsula se rompió. Me aterré, no lo lograría.

Un tiempo eterno después, alcancé los confines del espacio exterior. Entonces, por primera vez en mi vida, percibí la luz. Fuera de nuestro oscuro mundo había luz. Era cegadora. Me sentí desorientado y sufrí un ataque de pánico.

Un alienígena me tomó y me giró para que pudiera ver desde el espacio el mundo ciénaga que acababa de abandonar. Como buen ser topo que soy, apenas vi nada, pero sentí que el mundo ciénaga estaba allí, en la dirección que me mostraba aquel extraño ser del mundo exterior. Entonces otros alienígenas me tomaron y me sometieron a unos extraños procesos científicos que no logré comprender. Yo estaba agotado, apenas luché contra ello. Al cabo del rato, pude escuchar cómo el alienígena que me había recibido antes tomaba a Temblón, que debió salir del mundo ciénaga poco después de mí.

Poco después me dormí.

Temblón está a mi izquierda y Suave a mi derecha. La sociedad topo al completo avanza montada en un carro empujado por Mundo Ciénaga. Mundo Ciénaga insiste en que andemos, pero a veces nos cansamos y necesitamos el carro. Mundo Ciénaga dice que es difícil empujar un carro de trillizos por las estrechas aceras del centro de Madrid.

Ahora por fin conozco las matemáticas necesarias para hacer un censo completo de toda la sociedad topo. Los seres topo que habitábamos hace dos años Mundo Ciénaga somos, siempre fuimos, una cantidad equivalente a extender el dedo índice, el dedo corazón y el dedo pulgar. Sí, esos éramos, y esos somos ahora en un carro empujado por Mundo Ciénaga. Somos muchos. Muchísimos.

Sé que Temblón y Suave han olvidado los viejos tiempos en que habitábamos Mundo Ciénaga. Yo me resisto a olvidar. Yo sigo recordando, pero cada vez me cuesta más. Todavía sé que soy un ser topo, pero no sé por cuánto tiempo lograré recordarlo.

En nuestro paseo encontramos otro carro tirado por otro mundo ciénaga diferente. Dentro hay otro ser topo. Le miro, pero él está entretenido con un sonajero que le ha dado su respectivo mundo ciénaga. Por un momento me reconoce, sabe que procedo de otro mundo ciénaga igual que él, y me sonrío. Pero luego parece olvidar. Pero luego olvida.

Supongo que no puedo culparle. Supongo que, al empezar a ver, los seres topo dejamos de ser seres topo.

© Ismael Rodríguez Laguna

Escrito por Carlos Peinado

Estoy solo. Las luces de los monitores se reflejan en mis pupilas. Mis ojos están cansados, pero no tengo sueño: nunca duermo.

Llevo cinco meses sin dejar de mirar las pantallas: descifrando y encriptando datos. Por lo visto se han olvidado de las drogas con las que me obligan a dormir una vez por semana.

Estoy solo en la noche. Las ciudades hierven, se agitan o duermen tras las pantallas, pero para mí solamente son números, coordenadas y gráficas dispersas en las pantallas. Código 1050 en 40 grados norte 75 grados este: mujer de etnia caucásica en edad fértil abatida por arma de fuego en Filadelfia. Todo queda registrado y envío cuatro copias aseguradas a las bases de datos. "Nada se escapa al Registrador del Tiempo" como decía el spot publicitario con el que recaudaron fondos para el proyecto que hoy supone mi trabajo.

Reviso el calendario antes de registrar otro código: en quince días me darán unas vacaciones. Espero que se les olvide, como la última vez. El tiempo libre para la gente con mis cualidades es una tortura, más que un premio, pero la ley marca que todo ser vivo debe disponer de treinta días de vacaciones obligatorias al año.

Son las tres y media de la mañana. No necesito mirar el reloj para saberlo, mis venas se están volviendo más frías. El suero, que aporta los mismos nutrientes que un filete de doscientos gramos de salmón (pero, por lo que he leído, no aporta la misma sensación. Aunque por supuesto no he podido comprobarlo: nunca he comido que yo recuerde), siempre me enfría un par de grados las venas, mientras aporta energía para mi cerebro.

Después de la comida, mi organismo tendría que sentirse fuerte. Pero no es así: hay una tara orgánica que me hace sentir somnoliento tras la alimentación, o al menos eso decía el bioingeniero que me cultivó. Mis condiciones genéticas son algo más que especiales, según he podido piratear de la antigua Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, destruida el 7 de julio del 2018, cuando un grupo independentista comenzó lo que ellos quisieron que fuera la Tercera Guerra Mundial pero que apenas fueron unos disturbios en el que murieron unas decenas de miles de personas; esos archivos me informaron que mi madre, una estudiante de quince años, fue la primera mujer en donar el cuerpo de su bebé a la ciencia. "Aborto constructivo", lo llamaron. Todos los medios estuvieron conformes, algunas quejas realizadas por grupos religiosos y ONGs, pero también un premio nacional al filósofo que tuvo la idea y un nobel al neurólogo que me diseñó. La manipulación genética que se produjo en mi ADN me privó del estatus de ser humano, pero el animal resultante podría ser considerado algo así como un genio. Bueno, lo que ellos consideraban un genio. Eliminar las condiciones motoras de un cerebro permite que éste sea mucho mejor en cuanto a atención, capacidad abstracta y otras cualidades que me diferenciaban de los homo sapiens sapiens que me habían concebido. Sin embargo yo no me noto diferente. Yo no me noto mejor. Yo sólo soy yo.

Ahora simplemente me dedico a controlarlo todo y registrarlo. Cuando tenía diez años me conectaron... a una máquina, ya que al no tener brazos ni piernas debían enchufarme a algo mecánico para interactuar con las máquinas creadas para un organismo humano (eso supuso que la versión 1.1 de mi programación fuera a la basura). Al principio controlaba la antigua capital de Francia: París. O al menos la observaba. El primer mes me abrieron un expediente. Era cierto que podía controlarlo todo, pero no me importaba. Los asesinatos sólo eran números para mí, cifras. Suponían que tras un asesinato llamaría a la policía, pero no comprendían que es irrelevante: la policía no puede hacer nada por alguien que haya muerto. Algunos dijeron que sólo tenía 10 años, que no tenía experiencia. Otros dijeron que a un menor de edad no se le puede juzgar o condenar. Otros aludieron que, dado que era propiedad de la Unión Europea y no tenía siquiera un nombre, era una mera propiedad, y que por tanto se me debía reparar y no juzgar. A mí no me importó toda la jerga política, en los dos meses que se pasaron haciéndome pruebas, aprendí japonés y mandarín, dos idiomas que no habían sido insertados en mi sistema de estudios, pero que me parecían muy estéticos. Los ideogramas, pese a lo infantil de su composición, me fascinaban cuando tenía diez años... ahora ya nada consigue llamar mi atención.



Las cámaras son mis únicas nociones de la realidad. Conectado a ellas -y a los sensores de movimiento, analizadores de gases, termómetros y micrófonos- me siento como un dios antiguo: enfrentado a la realidad, y decidiendo de forma indolente si actuar o no, pues nadie controla mi trabajo. El protocolo me ha relegado a un mero observador, aunque ellos me denominen simplemente Registrador.

Aún recuerdo cuando leí mis nuevas funciones, de las que en lugar de ser informado en persona tuve que deducirlas de los informes y los medios de comunicación. Por lo visto me habían diagnosticado como un “ser asocial” sin sentimientos y con un grave trastorno psicológico que me limitaba a hacer únicamente análisis racionales, una enfermedad que no podía ser tratada ni curada. Estos informes me molestaron, sobre todo porque se usaba el artículo indefinido para referirse a mí. Es cierto que no poseo órganos reproductores, pero de haberlos tenido hubieran sido masculinos. De hecho sí tengo el cromosoma Y, así que soy un hombre, a pesar de no tener piernas, brazos, genitales ni vello facial. Me hubiera gustado defenderme, haberles contado que cuando tenía siete años me inventé un nombre para mí mismo, y un alter ego en mi imaginación que jugaba al rugby en la universidad y fumaba hierba a escondidas de sus padres... pero no me dejaron testificar, ya que como soy una cosa y no una persona, era una prueba y no un testigo en el caso de mi sanción por negación de auxilio.

Tras declararme inútil como instrumento de control de seguridad, el juez de instrucción me relegó a una función archivística, tras lo cual fui donado a la OTAN por la Unión Europea. Mi tarea consistió desde entonces en registrar todos los asesinatos, fallecimientos y accidentes que se produjeran en el planeta Tierra y en las plataformas científicas de su órbita. Fui transformado en una máquina de análisis demográfico, un bibliotecario orgánico conectado a los ojos del mundo: los satélites.

Registro un accidente de tráfico en Roma hace veinte años. Asigno al accidente un código numérico y coordenadas espaciales. Tres muertos y dos heridos graves. Justo al mismo tiempo, exactamente el mismo segundo, cinco niñas de nueve años de Sendai, Japón, se suicidan según un ritual que han aprendido en una serie de dibujos animados.

Estoy registrando cosas que sucedieron hace tanto tiempo por aburrimiento, ya que hace exactamente un año, dos meses, tres días y cuatro horas, las señales de los últimos satélites se apagaron, tras una serie de fallos similares a lo largo de veinte horas. Sin señales claras mi trabajo se ha detenido, y estoy haciendo tiempo hasta que se arregle el fallo de los satélites o se me informe del motivo por el que no recibo las señales. Por lo que sé, podría estar despedido. Realmente me es indiferente que me hayan despedido, dado que jamás existió contrato alguno o recibí un salario. Además quedan muchos archivos grabados, incluso de antes de mi nacimiento, en el año 2014.

El tubo que tengo insertado entre el intestino delgado y la vejiga recibe mis deposiciones. En una ocasión, alguien se sorprendió de este sistema para eliminar mis residuos; fue cuando tenía catorce años, y unos periodistas vinieron a realizar un reportaje de investigación. Fue la primera vez que me dejaron hablar con los medios informativos. Lo llamaron “tortura”, “vergüenza”, “condiciones infrahumanas” (aunque claro, según los científicos sólo un ser humano nacido y deseado por su madre puede considerarse “ser humano”, y el trato que se me daba se correspondía con mi situación). Me preguntaron si no me avergonzaba el estar unido a una máquina que me alimentaba y a otra que extraía mis heces y mi orina. Entonces me di cuenta de que nunca había sentido la vergüenza (ni el amor, ni la dicha, ni la envidia... casi sin sentimientos, así es como soy), y tras hablar conmigo unos minutos, los periodistas perdieron su interés por mí.

Tras cinco meses trabajando más de veinte horas al día, de forma tan sistemática que no significa ningún reto para mí, comienzo a notar algo de cansancio. A mis cuidadores les pareció sorprendente descubrir que podía descansar con varias partes del cerebro mientras el resto trabajaba a un ritmo menor, con lo que no necesitaba dormir para realizar tareas sencillas. Sin embargo, a los sociólogos de la OTAN ese hecho les preocupaba, pues entonces la población no se sentiría registrada por un ser humano con capacidades particulares, sino controlada por algo anti-humano... así que se decidió que debía dormir 6 horas a la semana. Para ello tuvieron que sedarme, pues en un acto de rebeldía sin parangón -del cual se realizó una tesis doctoral, según pude comprobar en las revistas de investigación psicológica- me negué a dormir voluntariamente. Por primera vez en mi vida, hubo que forzarme a hacer algo. Ellos lo llaman dormir... pero yo no duermo, ya que no puedo soñar. Simplemente me paralizan y me provocan un coma controlado. De esto deduzco que el cansancio que noto no es tal, sino un estado mental, como si fuese el síndrome de abstinencia de una droga. Al igual que los seres humanos, es la actividad cerebral lo que realmente necesito para realizarme, y no el ocio

o el descanso. Sin embargo jamás he mostrado esa opinión, primero porque no sería escuchada y también porque esas opiniones están tipificadas en el código penal como “terrorismo anticonsumista”.

Mientras sigo realizando mi trabajo, me doy cuenta que desde el apagón del último satélite nadie ha llamado, ni he visto a ninguno de los técnicos que debían rellenar los depósitos de alimento, suero y morfina. A lo mejor por eso ya no me sedan. O a lo mejor es un premio, o un castigo, por lo que sucedió antes del apagón. Recuerdo que un coronel estuvo aquí, comportándose como si estuviese loco y gritándome en francés. Me dijo que si tuviera piernas me las habría partido (recuerdo que ese comentario le hizo mucha gracia a un soldado que le escoltaba), todo porque colgué en Internet una teoría bajo un alias falso, y había creado el caos entre la población de muchos países. Durante varios meses el número de conflictos armados y de víctimas en el continente africano aumentaron enormemente (varios millones semanalmente), y dado que ningún medio de comunicación recogía estos datos, los publiqué, bajo el título “Cadena de muertes en África. De seguir esta progresión, el continente quedará despoblado en tres meses”. Era cierto, las matemáticas no engañan. Recuerdo que el coronel no atendía a estas razones. Hablaba de “maldito alienígena” y “nos vas a llevar a una crisis internacional”, pero a mí me parecían irrelevantes sus quejas. Se marchó con una amenaza indefinida, y por eso supongo que me han privado de las visitas y la morfina.

Después de cinco meses tengo la piel algo agrietada. Como no puedo moverme, la piel muerta se me acumula. Yo no tengo olfato, por lo que el mal olor no sería un problema. Sin embargo la falta de higiene puede ser causa de enfermedades. Solía venir una mujer a limpiarme, con toallas húmedas, dos veces por semana. Era mi mayor contacto humano, e incluso podría decirse que mis únicas amistades (algunas de esas mujeres hablaban conmigo. Una me aseguraba que prefería mis relatos a ver películas de terror), pero después del apagón tampoco vinieron. Estoy solo.

Registro otro asesinato, cinco minutos y medio después de que la última niña suicida deje de respirar. Un hombre golpea violentamente en la calle a otro, y le sigue golpeando pese a que sus signos vitales han desaparecido: no respira, no se mueve y su corazón no late. Es una tónica habitual en los asesinatos, pero no la comprendo: no sé porqué un asesino sigue golpeando a una víctima después de lograr su objetivo: es una conducta irracional. Lo registro, 25 segundos después del suicidio ritual y el accidente de tráfico. Cinco segundos después un hombre en el Nepal se cae y se golpea el cráneo contra una roca afilada. No sé si está muerto porque una de sus cabras se acerca a él y le lame la cara, con lo que le transmite calor. Tengo que esperar cinco segundos de grabación: seis muertos en un accidente de autobús, siete muertos en informes de oncología, volcados en base de datos, treinta y dos niños que nacen muertos por la gripe en Rumanía, cinco fusilamientos en una prisión de China, una mujer asesinada con una pala de jardinería en su casa de Elche, diecisiete muertos cuando los colchones de una comuna anarquista salen ardiendo en San Francisco, dos niños devorados por un grupo de perros en el sur de Francia y las docenas de muertes por drogas que registro sólo con un número al final de la jornada (pues ni mi protocolo, ni el de los medios, la policía o los forenses indica que haya que hacer informes separados para los muertos por drogas). Tras esos cinco segundos descubro que el pastor de Nepal está efectivamente muerto, pues sus pulsaciones han bajado y su temperatura corporal es de 32 grados. Sin asistencia sanitaria su muerte es segura. Ningún médico constatará su muerte, ningún hombre o mujer le enterrará... tal vez siquiera le lloren. Pero yo lo registro. Yo me acordaré de él.

De forma automática, como cada día entre las tres y las cuatro de la madrugada, envío un mensaje informando del fallo de la red de satélites. Es muy raro que suceda eso. Todo el mundo decía que, aunque sucediese alguna catástrofe los satélites seguirían funcionando, incluso cuando una bomba nuclear explotó accidentalmente y acabó con Manhattan y con la vida de doce millones de personas al instante, los satélites siguieron funcionando. “Aunque toda la humanidad pereciese, los satélites seguirían funcionando”, decían sus creadores, algo así como semidioses cuidando de los que les habían creado en su mitología post-moderna. Por supuesto se equivocaban. Los satélites también fallan.

Otra bombilla se funde. Es extraño, ya llevan dieciséis desde el apagón, y nadie viene a cambiarlas. Entre la falta de higiene y la falta de luz siento como si realmente quisieran castigarme. Es posible que para ellos esta vida sea horrible, pero a mí me es indiferente. Estoy solo, y no necesito nada, salvo mis pantallas funcionando y la alimentación cada cinco horas.

Estoy solo, registrando los movimientos demográficos en la noche, enviando mensajes de aviso a mis superiores, aunque no respondan. Cumpló mi trabajo aunque no me reparen las lámparas, ni limpien mi cuerpo ni me suministren morfina.

Incomunicado desde que, poco antes de la media noche de hace un año, dos meses, tres días y cinco horas, la temperatura aumentase hasta en trescientos mil millones de grados en un centenar de ciudades a intervalos irregulares. Provocando que, unos instantes después, los satélites se fueran apagando poco a poco. Estoy registrando el pasado. Esperando a que se arregle la avería para registrar el presente.

Estoy solo. Solo en la noche.

© **Carlos Peinado**

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS EN TORNO A BALLARD Y ESPAÑA

Escrito por María Luisa Martínez Ordóñez, Francisco Romero Calvo y Gumersindo Villar García-Moreno

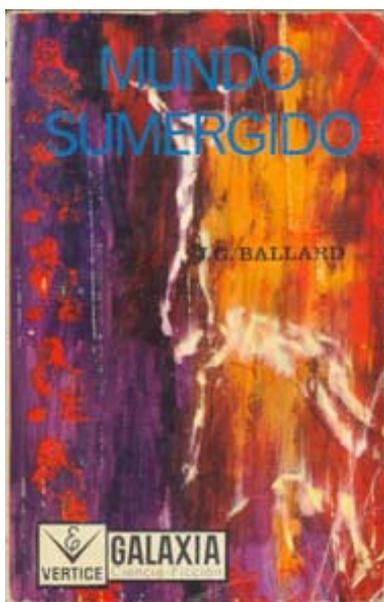
A la pregunta de si Ballard ha mantenido una relación diferenciada con España responderíamos que sí, apoyándonos en los siguientes argumentos: la recepción peculiar de su literatura; la atención crítica que se la ha dedicado, especialmente desde Barcelona; los episodios de su vida que lo ligan a nuestro país y por la huella que esta ligazón ha dejado en sus obras.



Las ediciones ballardianas

Al aproximarnos a la bibliografía de J. G. Ballard (Shanghái 1930-Londres 2009) en España llama la atención una circunstancia: la incorporación de este autor al mercado editorial español se produce de forma casi inmediata en relación con las primeras obras originales, pero enseguida se interrumpe abrupta y persistentemente.

La irrupción de Ballard en el panorama librario español data de 1964, con el título *Mundo sumergido* (Ballard and Sesén, 1964), segunda novela del autor, aparecida en Nueva York solo dos años antes. La obra es publicada por la barcelonesa editorial Vértice y hace el número 20 de su colección *Galaxia*, activa en la segunda mitad de los sesenta. Sin embargo, esta casa no volverá a lanzar otras obras del autor.



Portada de la primera obra de Ballard publicada en España

La segunda obra que llega a manos del lector español es *El huracán cósmico* (Ballard and Cazorla Olmo, 1966), su primera novela, publicada originalmente también en Nueva York en el 62. La edita en 1966, en Barcelona, Editora Hispanoamericana Sociedad Anónima (EDHASA), sello con sede también en Buenos Aires. Puede observarse cómo la introducción del novelista se realiza por aquella ciudad. Y es esta ruta de aproximación inicial la que fijará definitivamente su anclaje en la capital catalana: Barcelona se configura, desde el primer momento, también como la capital de la España ballardiana. *El huracán cósmico* ocupa el número 125 de la colección *Nebulae* de EDHASA. En el mismo año se publicaba en México traducida como *El viento de la nada* (Ballard and Antonio Sánchez, 1966).

Es necesario anotar que antes de estos primeros pasos ya se habían producido otros avances en suelo austral entre 1964 y 1965, canalizados a través de la revista *Minotauro*, germen de la futura editorial homónima (absorbida en la actualidad por el Grupo Planeta). México, Buenos Aires,

Barcelona...Estamos ante el amanecer de Ballard en el horizonte hispano.

En España, sin embargo, la publicación barcelonesa de las dos primeras novelas es un clarín que no tiene réplica ni desarrollo. Tras él, Ballard permanecerá once largos años sin publicar libros en España. El hecho de que *El huracán cósmico* haya sido posteriormente excluido del canon por su propio autor añadiría densidad al prolongado silencio. ¿Qué o quién provocó la desaparición, apenas interrumpida por un breve prólogo a un libro sobre Dalí (Dalí et al., 1974) y la participación en alguna puntual antología? ¿Qué sucede con las colecciones de cuentos y novelas de contenido apocalíptico, por qué no se publican hasta 1977?

F. P. Fuenteamor (Fuenteamor, 1978) en fecha temprana y significativa atribuye este ostracismo, desde su artículo de *El viejo topo*, “de una parte, a la miopía de las casas editoriales, y de otra a una censura oficial que no permitía la más mínima filtración”.

No obstante, existen otras explicaciones. Antes de exponerlas, conviene mencionar a Francisco Porrúa (Corcubión, 1922). Nacido en Galicia, desarrolla su carrera primero en Argentina y, tras el golpe de estado de Jorge Videla, se trasladará a Barcelona, donde vive en la actualidad. Creador de *Minotauro* (primero revista y editorial; luego, en España, colección y sello), él es el responsable de la primera edición absoluta de obras como *Cien años de soledad* y de *Rayuela*, descubridor y traductor al español de J. R. R. Tolkien e introductor de Ballard en el ámbito hispano. Desde los últimos años setenta, ya desde Cataluña, este importante editor pondrá en el mercado español de forma determinada y sistemática la producción literaria de nuestro autor. Como hemos visto, anteriormente había estado publicando en Buenos Aires relatos del autor británico y también *El mundo sumergido*, en 1966, pero con una traducción distinta de la española de 1964.

Consultado sobre el paréntesis improductivo que va de 1966 a 1977, Porrúa mantiene que la circulación de sus ediciones porteñas en suelo peninsular hacía superfluo un lanzamiento local en paralelo. “No tengo noticia de que Ballard hubiera tenido problemas con la censura de Franco”, concluye. El depósito de alguna de esas ediciones en colecciones de bibliotecas españolas de titularidad pública documenta suficiente, aunque no abundantemente, esta circulación.

Con el establecimiento de Porrúa en Barcelona en 1977 como director literario de EDHASA, la situación se invierte de forma irreversible: será al otro lado del Atlántico donde circulen las publicaciones españolas.

Con una actitud metódica pero sin un “como decíamos ayer”, el sello barcelonés retoma el camino donde lo había dejado y envía a la imprenta *El mundo sumergido*. Es decir, opta por repetir título, comercializado en la misma ciudad ya trece años atrás en otra versión y sello, y esto con un escritor que permanece prácticamente inédito en nuestro país y que había ido jalonando con nuevos éxitos su emergente carrera. Todo ello por razones de peso: era una obra ya disponible que traía consigo Porrúa de Argentina, que había generado considerables ventas y que, además, era la que seguía cronológicamente a la primera novela publicada por EDHASA, en la que, por cierto, el editor hispano-argentino —presente en todos los cocimientos y preparados ballardianos a uno y otro lado del océano— no había tenido nada que ver. Pero para esta ocasión, Ballard reaparece con todos los honores, ocupando el número 8 de la colección *Minotauro*, justo después de Bradbury, Burgess, Clarke y Aldiss.

Esta segunda fundación determina algunas de las constantes que van a estar presentes en las futuras ediciones:

En primer lugar, el considerable retraso con que los títulos aparecen en España respecto de sus originales. El desfase se acentúa en las colecciones de cuentos, que suelen sobrepasar los veinte años y llegar, en el caso de *Las voces del tiempo* (Ballard and Gardini, 1992), a los treinta. Existen, dentro de la bibliografía ballardiana, solo dos momentos de sincronización: el primero se produce con *El imperio del Sol* (Ballard and Peralta, 1984), aparecido el mismo año que su versión en lengua inglesa y tres antes que su adaptación cinematográfica, y el segundo con el último libro publicado de Ballard hasta la fecha, el autobiográfico *Milagros de vida* (Ballard, 2008).

Otro rasgo definitorio sería los términos de cuasi exclusividad con los que el binomio EDHASA/Minotauro, con Porrúa actuando en la sombra, acapara estas publicaciones. La exclusividad, que empieza siendo tal, a efectos legales, deja de serlo en la década de los ochenta pero continúa de facto salvo contadas excepciones. La primera discontinuidad se verifica con *La bondad de las mujeres* (Ballard and Murillo Fort, 1993) y *Fuga al paraíso* (Ballard, 1995). Las dos novelas suponen

una tentativa, en cierta forma frustrada, promovida por la agencia literaria de Ballard, de superar los límites impuestos por un sello como Minotauro, asociado a la literatura fantástica y de ciencia ficción, y buscar un mayor impacto a través de la también barcelonesa Emecé. Pero el experimento no llega muy lejos. De hecho, *Fuga al paraíso* se publica de forma descuidada, sin siquiera mención de traductor, cosa que no había ocurrido ni en las modestísimas ediciones liminares. No debieron resultar muy alentadores los resultados porque las próximas obras vuelven al sello del toro de Minos. Pero también hay rupturas muy recientes: la colección de relatos *Fiebre de guerra* (Ballard and Cruz, 2008) aparece en la cordobesa Berenice y la mencionada *Milagros de vida* en Mondadori. Mención especial merecen las ediciones catalanas *Sorres rogenques* (Ballard and Santamaria i Guinot, 1987), *L'imperi del sol* (Ballard and Boluda i Torrella, 1987) y *L'illa de ciment* (Ballard and Boixadós, 1989), publicadas por Pleniluni, Grup del Llibre y Pòrtic, respectivamente.

Por último, la cuestión de los traductores. Muchos son los que participan, algunos ilustres, no pocos argentinos y éstos, especialmente cuidadosos en no traicionar la neutralidad idiomática con localismos. Se destacan Aurora Bernárdez, mujer de Julio Cortázar y tres traductores, Francisco Abelenda, Manuel Figueroa y Luis Domènech, que no son otra cosa que pseudónimos tras los que se oculta el propio Francisco Porrúa. Luis Domènech será también el *nom de plume* utilizado en la traducción de los tres volúmenes de *El señor de los anillos*.

Todas estas características son así porque detrás está Francisco Porrúa que condiciona de una manera casi personal el ritmo y la peculiar existencia de Ballard en nuestras letras. El primero se ha considerado no solo editor sino amigo del segundo.

La atención de los críticos

Se aprecia en los últimos años una creciente atención a Ballard por parte de la crítica española, reflejada en una mayor aparición de artículos que analizan su obra y, sobre todo, en el hecho de haber sido objeto de una exposición monográfica en Barcelona.

El Centre de Cultura Contemporània de Barcelona le dedicó una exposición en 2008 (23 de julio – 2 de noviembre). El catálogo fue editado ese mismo año con el título *Autòpsia del nou mil.lenni* (Ballard and Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 2008), con textos en catalán y castellano. En el prólogo se explica la decisión de este organismo de preparar una exposición sobre el escritor británico por su carácter declaradamente contemporáneo y por su dimensión popular y visionaria, tanto más destacable en un momento caracterizado por la “tecnologización” de la vida cotidiana y por las predicciones apocalípticas que sugiere el cambio climático. Le reconoce, así mismo, su especial relevancia en “*el siglo de la ciencia ficción como instrumento literario de reflexión filosófica, cuyas fronteras como simple género trasciende Ballard hasta elaborar obras emblemáticas sobre el estado actual de la sociedad.*”

Ya en 2007, Ballard protagonizaba la sección Dossier de la revista Quimera con un importante estudio de su obra a través de distintos artículos y autores que analizaban las diversas dimensiones del autor, al que presentan como una de las voces literarias inglesas más personales, imaginativas e insólitas de las últimas décadas, “*que no se atiene a límites ni estéticos, ni morales, ni literarios*”. Así, *¿Por dónde se va a Ballard?* (Fernández, 2007) parafrasea en su título el de uno de sus artículos, *¿Por dónde se va al espacio interior?*, concepto con el que intenta reemplazar el manido “espacio exterior” de la ciencia ficción clásica. Ballard y la tipología del choque se centra en la dimensión espectacular del accidente que aparece en *Crash*, como violencia conceptual y modalidad suprema de la expresión afectiva y sexual.

La exhibición de atrocidades y la vanguardia artística (Mora, 2007) (el autor considera que la traducción correcta del título de la obra a la que hace referencia sería “exposición” en vez de exhibición) lo considera el gran novelador de la distopía centrada en el hombre, en sus afectos y sus relaciones sociales, tratándola con gran inteligencia y una inquietante capacidad de anticipación: “se escribió en los años 60 y lo que describe es bastante parecido a la sociedad de primeros del siglo XXI.”

También en este dossier, *La revolución de la clase media: apuntes para una definición de Ballard como teórico social de la postmodernidad* (Ferré, 2007), se centra en el retrato cínico que hace Ballard de las sociedades occidentales en varias de sus obras (*Noches de cocaína*, *Super-Cannes*, *Milenio negro...*) en las que “*narra vidas anodinas en las que subyace un fondo orgiástico que los mecanismos represivos y las promesas publicitarias no hacen sino exacerbar con su*

incumplimiento sistemático.”

Otra muestra del creciente interés por Ballard en esta última década es la lectura de dos tesis doctorales que estudian su obra, ambas de 2004, si bien no monográficamente sino dentro de un contexto más amplio: *La última frontera de la novela. El espacio metropolitano de Balzac a Ballard* (Ilardi, 2004) y *Elementos de ciencia ficción en la narrativa norteamericana y británica de posguerra*. W, Golding, K. Vonnegut, R. Bradbury y J. G. Ballard (Mateos-Aparicio Martín-Albo, 2004), esta última fue publicada por Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Por el contrario, en el último cuarto del siglo pasado las publicaciones sobre Ballard fueron esporádicas en la prensa especializada (en estas notas no hemos considerado las reseñas o entrevistas aparecidas en los periódicos de información general). La referencia más antigua que encontramos es de 1978, el citado artículo de F. P. Fuenteamor, *Jim G. Ballard y los realismos imaginarios* (Fuenteamor, 1978), publicado en la revista Viejo Topo. El autor de este artículo advertía ya en la obra del británico, entonces prácticamente desconocido en España, tres periodos estilísticos: el primero, de una ciencia ficción más clásica, con fascinación por el fin del mundo, representado por *El mundo de cristal*; un segundo momento en el que predomina la preocupación por lo plástico, con influencias del surrealismo, que presenta personajes desquiciados en un mundo implacable, representado por *Vermillion sands* (Ballard and Souto, 1993) —obra todavía no publicada en España en esa fecha y que Fuentemayor cita como *Arenas bermejas*, dándole un título que nunca tendría aquí— para llegar a un tercer periodo, representado por *La exhibición de atrocidades*, en el que el autor busca la naturaleza del hombre actual a través de los mitos contemporáneos, el sexo, la tecnología, los mass media, y que Ballard define con estas palabras: “vivimos la época de los realismos imaginarios, la frontera entre mito y realidad se ha esfumado”.

El siguiente artículo que encontramos sobre Ballard en las bases de datos de Lengua y Literatura es ya de 1985, cuando la revista Saber publica una entrevista titulada *Las violentas iluminaciones de James G. Ballard* (Cartano and Akubowski, 1985), a raíz de la publicación en España de su obra autobiográfica *El imperio del sol*. Ésta es su primera novela fuera del campo de la ciencia ficción, pero en ella se hace eco de su universo particular: “he recreado mi vida pasada a la manera de las ficciones que había escrito con anterioridad”.

La Revista Canaria de Estudios Ingleses, editada por la Universidad de La Laguna, le dedicó dos artículos en los años 80, *High-rise: aventura interior y espacio de ficción. La topología como metalenguaje en la obra de J. G. Ballard* (Marroni, 1985) y *Concrete Island: J. G. Ballard y la paradoja de la memoria* (Marroni, 1988).

La presencia española en Ballard

Ballard visitó con frecuencia España, en muchas ocasiones como destino de vacaciones. En su autobiografía, *Milagros de vida*, se presenta como un padre entregado que disfrutaba de la vida familiar y al que le gustaba viajar en coche por España y otros países del sur de Europa con su mujer y sus tres hijos pequeños. En 1963 alquilaron una casa en San Juan (Alicante), pero tras un mes de playa y juegos —“...era la clase de vacaciones en las que lo más destacado fue cuando papá [así se refiere a sí mismo el autor] se cayó del patín a pedal”— su esposa Mary enfermó de forma repentina de una neumonía que en pocos días la llevó a la muerte. Fue enterrada en el pequeño cementerio protestante de Alicante. *En Noches de cocaína* (Ballard, 1997) se describe uno de estos cementerios donde se entierra a los extranjeros que no tienen recursos para trasladar al fallecido a su país natal, seguramente inspirado en el que yace su esposa.



Cementerio del Consulado Británico en Alicante

Una experiencia vivida en una de estas visitas turísticas a España proporciona a Ballard la idea que da origen a *Rascacielos*. A principios de los 70, estaba veraneando en Roses (Girona) cuando contempló un incidente que trasladaría a esta novela: un cliente se irritó al ver ceniza caída en su terraza de un piso superior, tomó fotos del culpable con un tele-objetivo y las colgó en el hall del hotel. En *Rascacielos*, la caída de una copa de champán sobre la terraza de una planta inferior es lo que pone en marcha el caos en el metafórico edificio.

Noches de cocaína está ambientada enteramente en la Costa del Sol. España aparece en esta obra con los atributos de la leyenda negra. Charles Prentice, su protagonista, alude a las “restricciones medievales del sistema judicial español”, a la “policía corrupta”, a la “lerda policía local”, a “magistrados incompetentes”, a la “desagradable Guardia Civil” y describe una escena en la que un “propietario [de un bar] [...] volcaba una olla de agua hirviendo sobre los gatos que atormentaban a los clientes”. Ese mismo personaje considera que 20.000 pesetas de la década de los noventa (120 €) son suficientes para sobornar a un funcionario de prisiones y se mueve en un entorno de urbanizaciones distópicas en las que los foráneos ocupan incidentalmente el espacio de conductores y taxistas. Un tratamiento semejante de nuestro país no debería sorprender si tenemos en cuenta que Ballard escribe habitualmente con tintas muy oscuras.

Para finalizar reproducimos algunas líneas de su “credo”:

“Creo en la muerte de las emociones y en el triunfo de la imaginación. Creo en Tokio, Benidorm, La Grande Motte, Wake Island, Eniwetok, Dealy Plaza. [...] Creo en todos los niños. Creo en los mapas, los diagramas, los códigos, las partidas de ajedrez, los rompecabezas, los horarios de vuelos, los letreros de los aeropuertos.”

Ballard en la red de habla española

Poca es la información, pero de calidad, en lengua española que podemos obtener al hacer una búsqueda en Internet, con esta limitación, sobre Ballard en el aspecto bibliográfico. Salvo el caso de la Wikipedia española (sobre todo en comparación con la versión inglesa) o las citas de la Wikiquote que nos parecen muy pobres, y a pesar de que la mayoría de las entradas son escuetas referencias a sus obras, breves citas o noticias con motivo de su reciente fallecimiento, cabe destacar las siguientes páginas:

<http://www.lecturalia.com/autor/3321/james-graham-ballard>

<http://www.ciencia-ficcion.com/autores/index.html> (en ambas se pueden leer reseñas de sus obras)

<http://www.cccb.org/es/exposicio?idg=16452> (exposición de Barcelona año 2008, Centro de Cultura Contemporánea)

tercerafundación.net, que consideramos la mejor página sobre bibliografía de Ciencia Ficción, Fantasía, Terror y Misterio. En concreto para el autor que estamos tratando la página: <http://www.tercerafundacion.net/biblioteca/ver/persona/158>

También se puede leer un cuento suyo titulado El gigante ahogado en: <http://leereluniverso.blogspot.com/2009/04/lectura-prensa-j-g-ballard-en-el.html>

P.D. No podemos resistir la tentación, como bibliotecarios, de mencionar dos páginas que, aunque no pertenecen a la red española, son muy interesantes para bibliófilos y ballardianos, pues se trata de una recopilación de las cubiertas de sus obras en las ediciones inglesas desde 1951 que incluyen también fotografías del autor en distintas etapas de su vida: http://jgballard.ca/terminal_collection/home.html http://jgballard.ca/terminal_collection/terminal_timeline.html

REFERENCIAS

- BALLARD, J. G. 1995. Fuga al paraíso, Barcelona, Emecé.
- BALLARD, J. G. 1997. Noches de cocaína, Barcelona, Minotauro.
- BALLARD, J. G. 2008. Milagros de vida, Barcelona, Mondadori.
- BALLARD, J. G. & ANTONIO SÁNCHEZ, M. 1966. El Viento de la nada, México, Diana.
- BALLARD, J. G. & BOIXADÓS, J. 1989. L'illa de ciment, Barcelona, Pòrtic.
- BALLARD, J. G. & BOLUDA I TORRELLA, C. 1987. L'Imperi del Sol, Barcelona, Grup del Llibre.
- BALLARD, J. G. & CAZORLA OLMO, F. 1966. El huracán cósmico, Barcelona [etc.], Edhasa.
- BALLARD, J. G. & CENTRE DE CULTURA CONTEMPORÀNIA DE BARCELONA 2008. Autòpsia del nou mil·lenni [Centre de Cultura Contemporània de Barcelona on es presenta entre el 22 de juliol i el 2 de novembre de 2008], [Barcelona], Centre de Cultura Contemporània de Barcelona Xarxa de Municipis.
- BALLARD, J. G. & CRUZ, D. 2008. Fiebre de guerra, Córdoba, Berenice.
- BALLARD, J. G. & GARDINI, C. 1992. Las voces del tiempo, Barcelona, Minotauro.
- BALLARD, J. G. & MURILLO FORT, L. 1993. La bondad de las mujeres, Barcelona, Emecé.
- BALLARD, J. G. & PERALTA, C. 1984. El imperio del sol, Barcelona, Edhasa.
- BALLARD, J. G. & SANTAMARIA I GUINOT, L. 1987. Sorres rogenques, Alella, Pleniluni.
- BALLARD, J. G. & SESÉN, F. 1964. Mundo sumergido, Barcelona, Vertice.
- BALLARD, J. G. & SOUTO, M. 1993. Vermilion sands, Barcelona, Minotauro.
- CARTANO, T. & AKUBOWSKI, M. 1985. Las violentas iluminaciones de James g. Ballard. Saber, 4, 58-63.
- DALÍ, S., BALLARD, J. G., LARKIN, D. & ANTOLÍN RATO, M. 1974. Dalí, [Madrid], Júcar.
- FERNÁNDEZ, J. 2007. ¿Por dónde se va a Ballard? Quimera: revista de

literatura, N. 282, 24-25.

- FERRÉ, J. F. 2007. La revolución de la clase media: apuntes para una definición de Ballard como teórico social de la postmodernidad por Juan Francisco Ferré. *Quimera : revista de literatura*, 31-33.
- FUENTEAMOR, F. P. 1978. Jim G. Ballard y los realismos imaginarios. *Viejo Topo* , El, 68-69.
- ILARDI, E. 2004. La última frontera de la novela. El espacio metropolitano de Balzac a Ballard. Universidad Autónoma de Barcelona.
- MARRONI, F. 1985. "High- rise: aventura interior y espacio de ficción. La topología como metalenguaje en la obra de J. G. Ballard. "HIGH-RISE": INTERIOR ADVENTURE AND FICTIONAL SPACE. *TOPOLOGY AS METALANGUAGE IN J. G. BALLARD'S FICTION*, 81-93.
- MARRONI, F. 1988. "Concrete Island": J.G. Ballard y la paradoja de la memoria. "CONCRETE ISLAND": J.G. BALLARD AND THE PARADOX OF MEMORY, 131-143.
- MATEOS-APARICIO MARTÍN-ALBO, Á. 2004. Elementos de ciencia ficción en la narrativa norteamericana y británica de posguerra. W, Golding, K. Vonnegut, R. Bradbury y J. G. Ballard. Universidad de Castilla-La Mancha.
- MORA, V. L. 2007. La exhibición de atrocidades y la vanguardia artística. *Quimera : revista de literatura*, 282, 26-30.

Mi máxima creación finalizada.

Al fin...

... a mi imagen y semejanza.

Tras eones de planificación
y estudio...

Cada detalle,
una obra maestra:

Una estructura articulada
de 206 piezas talladas
con mis propias manos.



Un sistema de bombeo en doble circuito capaz de transportar...

.. por medio de un sin fin de vasos comunicantes.

... un fluido portador de combustible...



100000 unidades de tratamiento de información preparadas para la gestión de memoria, el raciocinio y la creatividad.



El sistema de producción distribuido de energía permite el máximo aprovechamiento de la misma. Las celdas productoras se extienden por la totalidad del individuo.

Capacidad de autorreplicación:
todo el diseño y el proceso de
fabricación codificado...



... seleccionado entre tantos otros...



... integrado y listo
para su reutilización.

Distinción de frecuencias
entre los 20Hzs
y los 20KHzs.

Diferenciación de
longitudes de onda
entre los 380 y 780nm.

Potencia para distinguir
moléculas mediante
distintas vías.

4 millones de receptores de dolor, 500 mil
para la presión, 150 mil para el frío y
16 mil para el calor sostienen la interrelación
entre el individuo y el medio.



Sólo resta dotar de energía a la creación.
Un alma, tal vez...



...la mía.



Mi obra maestra, el ser humano.

Escrito por Magnus Dagon



Como de costumbre, recuperé la consciencia sin tener ni idea de qué hora era. Tampoco es que me importara. Allá donde estaba todo parecía ser igual. Miré el reloj: casi era de noche. Me acerqué a una ventana y miré el cielo: un enorme globo terráqueo lo cubría casi por completo. Con gran parsimonia me acerqué al escritorio y cogí una de las carpetas que había sobre él donde ponía MIS DOCUMENTOS. La abrí con la mano izquierda (derecha para los zurdos) y saqué un álbum de fotos que tenía de nombre Mis Imágenes. Estuve buscando un buen rato una foto que me gustara hasta que vi una de un cielo estrellado que me parecía apropiada. La cogí de nuevo con la mano izquierda y la puse sobre el escritorio, poniendo en el álbum la foto del globo terráqueo. Cerré el álbum, lo metí dentro de la carpeta, esperé un rato y miré al cielo de nuevo. No era un cielo estrellado de verdad y lo sabía, pero estaba mejor. Mucho mejor.

Me senté en el suelo y dediqué mis cinco minutos diarios de patetismo a lamentarme por mi situación. Sabía que en aquella inútil forma corpórea que tenía no era capaz de llorar, pero al menos sí podía sentirme triste. Cuando estaba en Virtuanet todo dolor físico desaparecía, permanecía lejos, oculto por las máquinas que lo enmascaraban mientras mi mente estaba de vacaciones por el mundo de Alicia y el conejo blanco. Pero algún día tendría que regresar y lo sabía. Algún día tendría que enfrentarme a la abrumadora soledad del mundo real, conocido sólo como Realidad. Y ese día no podría acercarme a escritorio alguno para cambiar la imagen del cielo, lo vería tal como es, no tal como yo deseaba: parduzco, con tonos refractantes, ondas de choque que alteran las corrientes de aire, la radiación flotando con suavidad como un aroma de muerte. Y sentiría el pánico abrumador, la sensación de estar atrapada, más atrapada de hecho que en Virtuanet, ese mundo donde, si bien la realidad era simple y zafia, por lo menos se encontraba aún en bastantes buenas condiciones.

Salí al exterior y comprobé que el muro de llamas que rodeaba la isla aún seguía cumpliendo con su trabajo. Lo toqué para tener acceso a sus últimas actividades; nada. Ningún virus ni archivo no deseado había intentado franquear sus límites. Suspiré aliviada, pero al mismo tiempo la soledad regresó a mi corazón. El hecho de que los virus trataran de penetrar en mi cabaña, en la representación que Virtuanet otorgaba a mi sencillo ordenador, no quería decir en absoluto que hubiera alguien más vivo, con su conciencia en el país de las maravillas e intentando contactarme (para bien o para mal), pero si nadie lo intentaba eso resultaba ser menos esperanzador aún. A veces deseaba tener un enemigo, alguien que tratara de romper las barreras que impedían el acceso a mi ordenador, el Nido, como yo lo llamaba. Me hubiera hecho sentir como alguien importante, alguien a quien se tenía en cuenta. Me hubiera librado de la incierta sensación de ser una náufraga en una isla desierta.

Antes de entrar en casa de nuevo para prepararme a explorar Virtuanet, me detuve un momento frente al buzón y eché un vistazo; sólo estaban las cartas habituales, las que había decidido conservar. Abrí una de ellas, con remite de Wolf. Wolf fue uno de mis mejores amigos antes de que la radiación le friera el cerebro, como a tantos otros que estaban dentro de Virtuanet en el momento de la Gran Ola. En ocasiones pensé que con el tiempo tal vez hubiéramos sido algo más que dos desconocidos que se mandaban mensajes ocasionales de correo electrónico. La idea me gustaba y al mismo tiempo me repelía. Tenía miedo de que las cosas en persona fueran distintas que a través de los v-mail, miedo de que fuera un pirado, un tipo raro que sólo viviera para Virtuanet y desdeñara el mundo de verdad, la vida de verdad.

Pero ahora Realidad es sólo un montón de cenizas, y el mundo de verdad es Virtuanet.

Le di la vuelta al sobre para leer el remite completo. Nunca me cansaba de hacerlo.

De: wolf@hotmail.com
Para: crow@yahoo.es
Asunto: Hola

hola, Crow. que tal las cosas por alli? aqui la gran ola avanza cada vez mas deprisa. dicen que es mejor que no estemos mucho tiempo en virtuanet, pero la gente no hace caso, entre ellos yo. tienen miedo de no volver a tener noticia de sus seres queridos y el correo ordinario ya no es fiable. otros han comenzado incluso a evacuar sus casas, y los hay que han gastado todos sus ahorros para comprar uno de esos caros equipos antirradiacion. no digo que no sean eficaces, pero tengo la sensacion de que a uno le salvaran la vida, en el mejor de los casos, a corto plazo; se quedara encerrado en su casa viendo como todo s viene abajo. claro que sera un buen momento para que echemos un doom, no? o bueno, mejor dicho, jugaremos a algo como un mario o un sonic, ya que al fin y al cabo el mundo se va a parecer bastante al doom y el proposito de los juegos es evadirnos... siento ser tan caustico, ya lo sabes. borraría lo que he escrito, pero me gusta ser sincero, como si escribiera una carta, aunque ya no sepa ni como poner bien una coma o un acento. te ehco de menos. escribe pronto para que sepa que estas bien.

Wolf

Aquella fue la última vez que recibí un mensaje de él. Le respondí, pero dudo que llegara a leer el mensaje. Desde entonces no he hecho más que atormentarme y preguntarme si Wolf no hubiera sido mi pareja ideal, como en una de esas estúpidas webs de buscar pareja, donde todo el mundo miente y por tanto todos reciben lo que están buscando. Antes de guardar la carta en la bandeja de entrada del buzón la miré una última vez. Toda la letra perfecta, clara y limpia, sin taras, sin posibilidad siquiera de pensar que se trataba de una carta mecanografiada con una máquina de escribir eléctrica. Miré el sello: Hotmail. Echaba de menos el correo ordinario. Muchísimo.

Entré de nuevo en el Nido y me acerqué al escritorio. Cogí una hoja arrancada del bloc y la miré. Ponía, sencillamente, *mira en páginas francesas*. La di la vuelta. INFORMACION.TXT. Pensé en agarrarla y lanzarla a la papelera de reciclaje, pero me quedé mirándola como una idiota, consciente de que no estaba tratando de indagar para arreglar nada. Sólo lo hacía para buscar una ocupación, para no volverme loca.

Me aparté del escritorio y me fui a la habitación del explorador de Virtuanet. Abrí con la mano izquierda la entrada y salió un perfecto clon mío, absolutamente indistinguible. Habían pasado muchos años desde que usé por primera vez el explorador de Virtuanet, pero aquella sensación de inquietud al ver una copia exacta de uno mismo no había desaparecido. Abrí otra vez la puerta con la mano izquierda y salió otra copia idéntica. Siempre tuve la tentación de abrir la puerta y mirar en su interior, preguntándome si me encontraría con infinitas copias mías allí dentro, guardadas como conservas en un almacén, esperando con ojos muertos a que mi conciencia las ocupara por rigurosos turnos, pero no lo hice. Sabía que, de hacerlo, provocaría un fallo en el programa y la puerta se vería obligada a cerrarse. Y en aquellos momentos, deseando como deseaba no volver a ver jamás Realidad, lo que menos quería era que un fallo me obligara a desconectar el ordenador. Entre la maquinaria antirradiación y el ordenador ya gastaba suficiente energía como para enfrentarme a una sobrecarga.

Mi mente se introdujo en el primer clon y el que había sido mi cuerpo hasta ese momento del día apareció ante mí tan muerto como había sentido el avatar explorador antes. Miré la hora: doce de la noche. Miré en el bolsillo: ahí estaba la llave, la dirección IP de mi ordenador, aquel objeto que, de perderlo, me dejaría indefensa ante las amenazas de Virtuanet. Como siempre, saqué la llave del bolsillo y traté de dejarla sobre el escritorio. Era inútil. Automáticamente aparecía en mi bolsillo de nuevo. No podría librarme de ella.

Salí del Nido y atravesé el muro de llamas sin problema alguno, como si fuera un fantasma, puesto que estaba configurado para dejar pasar al explorador. Antes de irme di una vuelta alrededor de la isla en la que estaba el Nido, buscando paquetes sospechosos o posibles madrigueras. Nada. Me acerqué a la orilla y me metí dentro de mi lancha. Como siempre, antes de ponerla en marcha dos candados me esperaban junto al volante, uno encima del otro. En el primero, a base de giros, introduje *Crow*, mi nombre de usuario, mientras que en el otro metí mi contraseña alfanumérica. El volante se desbloqueó y fui libre para navegar por donde yo quisiera. Puse rumbo a mi buscador habitual.

Tardé bastante más en llegar de lo que pensaba, lo que me preocupó bastante. Mi conexión con Virtuanet era bastante buena, aunque he de admitir que en muchas ocasiones tuve la tentación de robar un yate ADSL. Claro que, técnicamente, no se trataba de un robo, sino de una profanación, pues

lo más probable era que nadie más que yo quedara para disfrutarlo. No obstante no eran los remordimientos ni las dificultades las que me echaban hacia atrás. La supervivencia se había impuesto a la moral, y forzar los candados de los yates era juego de niños. El problema era que a causa de la Gran Ola parte de Virtuanet había quedado dañada, y no era el bonito mundo metafórico que solía desplegarse a mi alrededor, sino la desnuda verdad de los ceros y unos, algo que resultaba tan terrible de ver que era mejor no fijarse demasiado en ello, pues no creo que la mente humana logre jamás asimilarlo en su plenitud. Era como si tuviera que salir de Windows para moverme a través de sistemas más viejos como un MSDOS. Aunque había otra razón. Si me metía en esas zonas debería ser en funciones mínimas, lo que incluía desconectar temporalmente las inyecciones de calmantes. Y no quería volver a pasar dolor. Jamás.

Llegué a un islote con una puerta que aparentemente no llevaba a ninguna parte y que tenía la inscripción BUSCASERVER.COM. La abrí con la mano izquierda y entré en el pasillo blanco que estaba tras ella. Aquella era mi parte favorita del uso de Virtuanet.

A pesar de que no podía sentir cansancio alguno, me senté en la silla que estaba en medio y me paré a reflexionar qué quería buscar. Al fondo, frente a mí, había otra puerta, y sobre ella una pizarra. Encima había un rótulo de diseño bastante trabajado que indicaba nuevamente que estaba usando el buscador de Buscaserver. El único problema era que, dado que nadie había actualizado la página desde la Gran Ola pues no quedaba nadie para hacerlo, era el mismo desde hacía meses. Estaba tan hastiada de él que en una ocasión intenté arrancarlo, golpearlo, taparlo, realizar cualquier maniobra posible con tal de librarme de su eterna visión. Era inútil. No estaba autorizada a modificar el sitio y por tanto el letrero siempre acababa de nuevo en su lugar, reluciente, con su *bienvenido* delante de mis narices. Lamenté no haberme apuntado a ningún curso de diseño de páginas web en Realidad cuando pude.

Una vez pensé las palabras que quería buscar me acerqué al fondo del pasillo, metí la mano en el bolsillo y, como por arte de magia, saqué un rotulador y un trapo para borrar. Escribí "*Gran Ola*" + *Foco* + *Ayuda* en la pizarra y abrí la puerta con la mano izquierda. Entré y me encontré con una habitación vacía y sin salida. Volví a cerrar de nuevo y borré lo escrito con el trapo, para reescribir "*Gran Ola*" + *Ayuda*. Abrí otra vez; una habitación mucho más grande y con una veintena de puertas. Al fondo había otra puerta que ponía *siguientes veinte*. Me quedé un rato en aquella habitación echando un vistazo. Cada puerta tenía una pequeña descripción. En una de ellas ponía *Enrédate con UNICEF EL SUR DE ASIA NECESITA NUESTRA AYUDA*. Un poco tarde, pensé con sarcasmo. Seguí mirando y viendo con disgusto que ninguna de las puertas me llevaría a nada interesante: *Una gran ola en la bahía, la tercera ola* » 2005 » *Septiembre...* abrí la puerta que ponía *siguientes veinte* y entré en otra habitación donde para mi resignación sólo había dos puertas más además de aquella por la que había entrado, ninguna remotamente interesante. Salí de allí cerrando todas las puertas tras de mí y me quedé un rato en el islote mirando al cielo estrellado e inmóvil, pensando si habría alguien más y qué clase de cielo estaría viendo él o ella. Me tumbé en la playa y traté de escuchar el murmullo de las olas, las gaviotas, el rumor del viento, el crepitar de la arena mojada. Era inútil. Esas cosas estaban ahí, pero no podía escucharlas. Mi tarjeta de sonido estaba pasada de moda.

Trasladé la conciencia de nuevo al Nido y salí de allí con el segundo clon, tomando otra lancha tras identificarme de nuevo. Estaba deprimida y me sentía derrotada. No tenía ganas de hacer nada, sólo de dejarme perder en la deriva del agua calmada, tumbarme y ver pasar un día más, muerto y artificial. Durante un buen rato estuve alternando entre un clon y otro, entre la playa y el mar, buscando la paz, y en cierto modo la encontré: tuve varias horas de felicidad, de vacío amable, hasta que decidí que era hora de que me moviera. Introduje la conciencia en el explorador de la playa y me lancé al mar, donde me ahogué sin dolor alguno ni sensación desagradable. Una vez cerré dicho explorador, pues era preferible matarlos a dejarlos por ahí perdidos en Virtuanet, me concentré en el que estaba navegando y puse rumbo a alguna página dedicada a videojuegos, de las que solía frecuentar antes de la Gran Ola. Llegué a un enorme islote con otra puerta donde ponía DGAME.COM y entré. Lejos de encontrarme con otro pasillo blanco, estaba en el interior de un templo budista, en lo alto de una montaña soleada. Me acerqué a la figura del altar y lo toqué con la mano derecha. Apareció en la estatua un rodillo que podía girar para marcar distintas opciones. Lo giré hasta encontrar *abrir en una ventana nueva* y lo toqué con la mano izquierda. Aparecí en otra sala más parecida a una oficina, con un agujero en el suelo y llena de archivadores. Cada archivador tenía dos candados, de manera similar a mi lancha. Introduje mi usuario y clave y abrí el cajón, un receptáculo largísimo lleno de cartuchos de videojuegos, de donde, tras mirar un rato, elegí uno de tenis. Me lancé por el agujero en el suelo y aparecí de nuevo en el templo con el cartucho en la mano. Acto seguido salí al exterior y me arrojé por el borde de la montaña. La conexión era un poco lenta y tardé en estrellarme contra el suelo, pero una

vez lo hice aparecí de nuevo en el Nido con el cartucho en la mano. Me acerqué al televisor y lo introduje en una consola que había al lado, comenzando la presentación del videojuego. Agarré el mando y activé el menú de la televisión. Pulsé *pantalla completa*. Cogí la raqueta y me acerqué a la pista. Mi rival era Pete Sampras. Saqué una pelota del bolsillo y me preparé para el saque inicial.

Llegó un momento en el que, con el paso de los meses, me llegué a sentir feliz. Yo era adicta a Virtuanet, adicta a los chats, adicta al correo, adicta a los videojuegos; era adicta a prácticamente todo lo tecnológico que no supusiera meterse nanomierda en las venas. En cierto modo había recuperado el equilibrio, había aceptado mi destino. No tenía más que disfrutar y esperar hasta que supiera que la energía estuviera a punto de acabarse, entonces me las ingeniaría para suicidarme sin tener que pasar por Realidad. Escapar del dolor, escapar del mundo aceitoso, de la ceniza, del ácido. Partirle la cara una vez más a Mr. Bison en Tailandia, escuchar el último (en verdad el último) disco de los Nine Inch Nails en una sala de ópera, darme un paseo virtual por el Louvre. En verdad todo se me hizo cuesta abajo, me habitué a la soledad. Tal vez lo único que echaba de menos era el sexo. En alguna ocasión me metí en las páginas pornográficas, pero no follé ni una sola vez. Me limitaba a desvestirme, con lo que la página me transfería un programa para recuperar las sensaciones táctiles por todo el cuerpo. En circunstancias habituales un explorador sólo poseía sensaciones táctiles en las manos, pero cuando estaba allí... cuando estaba allí todo era palpable, tangible. Miraba impasible cientos de orgías a mi alrededor, sabiendo que ni una sola de aquellas personas era de verdad, concentrada en tocar las paredes, sentir el suelo, el simple roce de mis brazos al cruzarse. Siempre deseaba prolongar esa sensación aun fuera de la página e irme a la playa, tumbarme y notar la suavidad de la arena, pero era imposible. Siempre, cuando salía de allí, sólo la tumba de los sentidos me esperaba. Oído deficiente, vista borrosa, apenas capaz de distinguir con claridad sombras o contornos, debido a la escasa potencia gráfica de mi ordenador. Olfato nulo. Gusto nulo. ¿Comer? Hacía meses que no recordaba comer. Eso lo hacía la animación suspendida por mí en Realidad, paliando todas mis escatológicas necesidades básicas, permitiéndome huir del sufrimiento de la carne pero impidiéndome disfrutar de sus ventajas. En ocasiones estaba tentada de regresar y notar la saliva en mi boca, el palpitar de mi corazón, el movimiento de los dedos de mis pies; pero eso conllevaría la ponzoña, el humo, los huesos que crujen, la espalda que se atrofia, las piernas que no responden; pero sobre todo las manos. Conllevaría las manos. No volvería a sentir eso en las manos.

Y un buen día regresé al punto de partida. Al miedo, a la duda, a la incertidumbre. Ocurrió no mucho tiempo atrás. Me levanté como de costumbre después de haber estado durmiendo unas pocas horas (la única necesidad que es idéntica en Virtuanet y Realidad), me acerqué al escritorio, cogí el álbum de fotos y busqué un nuevo cielo para un nuevo día. Elegí una base espacial y lo cambié por la imagen del día anterior, una torre al fondo de una pradera verde y silenciosa. Antes de cerrar el álbum me fijé en varias de las fotos y evidencí lo sola que siempre había estado al ver las pocas fotos propias que poseía, que no había copiado y pegado de otras páginas web o que no me habían mandado por correo. Entre ellas estuve mirando una de Nix. Nix era mi gato en Realidad, mi mascota desde los quince años. Lo quería más que a nada en el mundo, más que a la mayor parte de las personas. No era muy cariñoso, pero había momentos en los que estar junto a él me dotaba de una paz que jamás ninguna de las simulaciones de Virtuanet me podría conceder. En aquella foto tenía tres años y estaba subido a la mesa del comedor, la misma mesa que la Gran Ola astilló hasta convertir en diminutas partículas. Cuando conecté la maquinaria antirradiación ésta habilitó mi cuarto para eliminar las sustancias tóxicas o nocivas para el genoma y asegurar que no volverían a entrar, más o menos lo que el muro de llamas hacía en el Nido pero en el mundo real. Sin embargo Nix se asustó y trató de salir por la compuerta a medio cerrar. Traté de agarrarle, pero fue inútil, pues no podía estirarme más en el suelo y por mucho que lo intentara no llegaría a alcanzarle. El animal se dio cuenta de su error y trató de regresar. Yo intenté recibirle, pero la compuerta se selló un momento antes de que entrara. La radiación me dañó las manos, que empezaron a corroerse. Horrorizada observé cómo se derretían, incapaz tan siquiera de gritar, cuando la máquina antirradiación detuvo el proceso. Sabía que si quería detener aquel dolor puntiagudo de millones de cristales antes de que me paralizara por completo debía meterme en animación suspendida, pero miré una última vez al exterior. La piel y los músculos de Nix eran un charco en el suelo, como el queso fundido, y su esqueleto era un amasijo de huesos revueltos y quebrados. Al menos tengo el consuelo de que sé que no sufrió. Por otro lado, creo que esa fue la última vez que sudé y noté el sutil olor a chamuscado.

Cerré el álbum y traté de llorar. Con todas mis fuerzas; no fui capaz. No conseguiría llorar ni aunque me arrancara los ojos de las órbitas. Cosa que, por otro lado, podría haber hecho sin sufrir dolor alguno. Sólo comprar otra tarjeta gráfica y problema solucionado.

Salí al buzón, deprimida, y lo abrí. Encontré cantidades ingentes de correo no deseado, que se desparramó por el suelo. Furiosa, me llevé toda aquella basura y me metí en casa de nuevo, directa a la papelera de reciclaje. Uno tras otro, los fui lanzando sin piedad, observando cómo se acumulaban. Cuando la papelera estaba muy llena, la vaciaba de una patada, cayendo todo al pavimento y desvaneciéndose al instante. En realidad bastaba con volcarla, pero estaba tan enfadada que necesitaba desahogarme de alguna manera. Poco me importaba que la papelera permaneciera impoluta, sin un rasguño, y volviera a su posición original como un tentetieso, que sus flechas verdes estuvieran siempre ahí, nunca agrietándose ni perdiendo color, para hacerme notar la mentira en la que vivía. Seguí arrojando mensajes sin pausa, pero de repente me detuve. Uno de los que había arrojado mostraba el asunto en la parte trasera, y ponía *Estoy vivo*. Lo saqué de allí y lo abrí. Era claro y conciso.

De: newman@hotmail.com
Para: crow@yahoo.es
Asunto: Estoy vivo

He sobrevivido a la Gran Ola. ¿Alguien más ha sobrevivido? Mi buzón está dañado, tengo que cambiar de casa. Mi usuario es Newman. Por favor que alguien conteste.

Fui corriendo al escritorio y cogí el bloc de notas. Abrí por la primera página, saqué un bolígrafo del bolsillo mágico y comencé a escribir un mensaje a dicha dirección. Sabía que no tenía muchas esperanzas de que lo recibiera, dado lo que decía, pero tenía que intentarlo. Fui al buzón, lo abrí con la mano derecha y marqué en el rodillo la opción *nuevo mensaje*. Saqué un sobre vacío del fondo. Volví al escritorio, cogí unas tijeras y pegamento del bolsillo mágico y corté el mensaje del bloc, pegándolo dentro del sobre. Automáticamente apareció una carta con el mismo contenido en su interior. Puse un sello de Yahoo y cerré el buzón, subiendo la bandera para enviarlo. Me fui a casa, cogí un libro de la estantería MIS DOCUMENTOS y traté de leer para distraerme. Al cabo de un rato lo lancé nerviosa contra la papelera de reciclaje. Encesté el libro a pesar de no tener ángulo suficiente para ello.

Como era de esperar, los días pasaron y no recibí respuesta alguna. El mensaje debió ser mandado meses antes de que lo recibiera, de modo que sólo tenía su nombre de usuario para guiarme. Los primeros días me concentré en navegar hasta Buscaserver.com y escribir en la pizarra de la habitación inicial todo lo que se me ocurriera que tuviera que ver con su nombre de usuario, no encontrando nada que me ayudase. Me registré en todas las páginas que pude, tanto con mi nombre para que él lo viera como con el suyo para comprobar si los candados no se abrían indicando por tanto que dicho nombre ya lo poseía otro usuario. Corté con las tijeras fotografías mías del álbum Mis Imágenes y la coloqué en todas las galerías de fotos que encontré, desde cuadros BMP hasta posters JPG, sin obtener resultado alguno. Y finalmente, empleé el método que había estado evadiendo desde el principio.

Los chats.

Cada día era como una intensa cacería. Empleaba tantos exploradores como podía, o más bien tantos como me permitía la memoria del ordenador. Salvo la animación suspendida y la maquinaria antirradiación, desconecté todas las funciones que pude con tal de sacar un clon más de la habitación. Acto seguido, por rigurosos turnos, me introducía en ellos para navegar a todas las islas chat que pudiera encontrar. Una vez estaban todos listos, descolgaba el teléfono y marcaba *BuscoaNewman*. Después de eso, esperar. Un intenso esperar, día tras día, hora tras hora, los segundos eternos, la soledad más visible que nunca. Esperar a que el teléfono sonara, a que pusiera fin a mi impaciencia, una impaciencia que perdí y volví a recuperar por culpa de un mensaje enviado al azar a mi correo y Dios sabe cuántos más.

Y al fin llamaron. Lo cogí con impaciencia, arrojando la pizarra al mar, pues mi explorador poseía micrófono y por tanto podía hablar con mi propia voz. Aun así la pizarra se materializó de nuevo junto a mí.

—¿Quién es? —pregunté. Mi voz sonaba retorcida y lejana. Mi micrófono no era de muy buena calidad.

—Soy Newman —dijo la voz sin más. Sonaba metálica e inquietante, como la mía, pero algo en ella distinto de su robótico tono me dio miedo. Algo que no sabría describir.

—Recibí tu mensaje.

—Lo sé —no dijo ni trató de insinuar más. Era como hablar con un contestador.

—¿Cómo podemos vernos?

—No lo sé —dijo distante. Sonaba como si tuviera la boca llena de tornillos.

—¿Tienes Messenger? —dije tratando de mantener la calma.

—Sí.

—Mañana a esta misma hora, escribe en tu lista *crow@yahoo.es*, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo la voz oxidada.

Colgué y me planteé por qué no había acordado que nos viéramos antes. No necesité mucho tiempo para saberlo. Tenía miedo. Miedo de que ya no supiera comportarme como un ser social, de que hubiera sobrepasado los límites de lo gregario, de que sólo fuera un animal, un cazador instintivo. Miedo de que fuera a él al que le estuvieran pasando todas esas cosas.

Tardé mucho en regresar a casa. Tenía que ahogarme cientos de veces para estar correctamente protegida. Una vez llegué cambié el cielo por nubes de un atardecer y me tumbé sin hacer nada hasta que apareció el protector de pantalla, un laberinto de ladrillos. Me perdí dando vueltas en él en lo que reflexionaba acerca de qué iba a decirle a aquel desconocido. Tal vez su sufrimiento había sido peor que el mío, al fin y al cabo todos mis parientes cercanos ya habían muerto antes de la Gran Ola. Tal vez tuvo mujer o hijos de los que no pudo despedirse. Tal vez los vio derretirse del mismo modo que yo vi desaparecer a Nix para siempre. Tal vez aún guarda sus cuadros, sus fotos o sus posters en sus imágenes, en IMÁGENES DE NEWMAN.

Pero podía no ser así. Es decir, ése pudo ser él al principio, pero lo importante era quién era él después. Tal vez estuviera tan sediento de sexo que quisiera violarme aunque no tuviera claro ni cómo hacerlo. O no era más que una máscara muerta sin emociones ni sentimientos, un trozo de carne incorrupta que vagaba por los rescoldos de un mundo despoblado.

Y también podía ser la culminación de todos los deseos, alguien a quien apreciar, con quien compartir la humanidad y, ¿por qué no?, incluso amar, alguien por quien preocuparme antes que por mí misma, e incluso, incluso alguien a quien conocer... en el mundo real.

Pero todas esas cosas era mejor dejarlas de lado. Lo único que haría sería crearme una imagen preconcebida, una mentira más en aquel mundo de mentiras, y lo sabía hasta en aquel momento. De modo que salí del laberinto y me acerqué a una habitación en el sótano que ponía Messenger. Nada más abrirla con la mano izquierda y entrar mi aspecto cambió hasta mostrar el de mi avatar, parecido al mío pero con el pelo más largo y un poco más alta. Nunca había usado el Messenger desde la Gran Ola, sencillamente porque todos aquellos conocidos que podrían contactar conmigo a través de él hacía tiempo que habían muerto. Borré de la pizarra todas las direcciones menos la de Wolf (nunca he podido borrar nada que tuviera que ver con él) y retiré todos los post-it que me decían que debía actualizar urgentemente el programa, desapareciendo en cuanto los lanzaba al suelo. Abrí el armario ropero del fondo con la mano izquierda y entré dentro, apareciendo en la sección de ropa de unos grandes almacenes. Estuve mucho tiempo pensando qué aspecto ofrecer. No quería resultar anodina, pero tampoco quería dar la impresión de que actuaba y me comportaba como si nada hubiera pasado. Finalmente me puse unos vaqueros y una blusa y me dejé el pelo suelto. En las manos... en las manos me puse varios anillos, y no me puse calzado. Busqué en los grandes almacenes la salida hacia el bosque y una vez la usé salí de nuevo al programa, que se había convertido en bosque, resultando perturbadora la puerta de salida, escondida en el paisaje salvo por el pomo. Me senté en un árbol y esperé, a punto de dormirme en algunas ocasiones. Al fin varias horas después noté cómo otra puerta disimulada se abría con lentitud. Contuve la respiración, aunque técnicamente no estaba respirando en Virtuanet, y esperé.

Al principio sólo vi la espalda del hombre. Iba vestido con traje negro, nuevo y elegante a pesar de

estar pisando barro. Terminó de cerrar y se giró. Por un momento perdí el habla, y el miedo me paralizó.

No tenía cara. Sólo una sonrisa con la que hacía muecas mecánicas, como sonreír, reír, ponerse triste o serio. Yo también era así, un conglomerado inquietante de gestos pobres, pero no como él. No como aquel aterrador rostro plano. Mi avatar intentaba parecer lo más humano posible. El suyo no. En absoluto.

—Soy Newman —dijo con abrumadora sencillez. No añadió nada más. Su voz era neutra y carente de énfasis alguno.

—Yo... soy... Crow —tuve la terrible sensación de que había enseñado al enemigo el camino a casa.

—Pensé que era el único que lo había logrado.

—¿Lograr qué? ¿Escapar de la radiación?

—¿Escapar? —un rictus instantáneo paseó por su semblante mudo—. No, no me refería a eso. Creo, Crow, que debemos permanecer unidos.

Dio unos pasos y se acercó más a mí. Traté de echarme para atrás, pero las piernas no me respondían. Estaba haciendo algo, algo para retenerme.

—¿Por qué... crees eso? —trataba de moverme, pero era inútil. Busqué en los bolsillos cualquier cosa que pudiera ayudarme. No hacía más que arrojar al suelo bolígrafos, rotuladores, todo desvaneciéndose al tiempo que caía a mis pies.

—Los dos juntos podemos sobrevivir, Crow —argumentó en lo que seguía avanzando hacia mí—. Yo tengo mi inteligencia, tú tienes tus medios. Mi ordenador es un palacio, pero un palacio vacío. Tanto espacio en él no me sirve para nada si no tengo programas con los que llenarlo, los mismos que tú tienes.

—Dijiste... que habías perdido tu ordenador.

—Mentí, Crow. Verás, me he... adaptado a los nuevos tiempos. Considero a Virtuanet como mi reino, pero para eso tengo que dominarlo al completo.

Seguí buscando en mis bolsillos, de los que nunca dejaban de salir los mismos objetos que tiraba al suelo, hasta que me di cuenta de lo que él quería en realidad y lo que tenía que buscar yo para evitarlo. Me concentré y allí, entre mis dedos, apareció la llave, la misma que nunca podía evitar llevar conmigo. Mi IP, que le abriría las puertas del Nido. Si la conseguía estaría perdida.

El otro objeto era un mechero.

Saqué el mechero y apunté con él hacia Newman. No pude saber si le atemorizó, pero al menos usó un gesto severo.

—Dame esa llave, Crow. ¿Qué vas a poder hacerme con un mechero?

Encendí el mechero y un círculo de llamas me rodeó y me protegió de él, del mismo modo que protegía al Nido de los ataques del exterior. Newman puso cara de enfado.

—Quiero tu ordenador y lo acabaré consiguiendo. Disfruta de él de momento. Mientras tanto, por las molestias... compartiré contigo una de mis imágenes.

Sacó una foto del bolsillo de la chaqueta y la dejó en el suelo. Acto seguido se marchó por la misma puerta por la que había venido y la puerta desapareció. Las llamas se extendieron hasta quemar el bosque, y cuando el paisaje fue un montón de cenizas humeantes se desvaneció para dar paso de nuevo a la habitual habitación que presentaba el Messenger cuando entraba en él. La foto seguía en el suelo. La cogí y la examiné con dedos temblorosos. La miré horrorizada y comprendí. Comprendí que aquello, aquella cosa monstruosa, era él. Antes siquiera de leer nada, de asimilar nada más. La aparté de mis manos corriendo y me acurrugué en una esquina. Quise chillar, pero las palabras no podían salir de mis labios pues ya no estaba en modo de conversación. Cuando me calmé,

al borde de la histeria, comprendí por qué rió cuando pregunté si había escapado de la radiación. Me acerqué de nuevo a la foto y, sin mirarla, la giré. Detrás venía el nombre del archivo: NEWMAN.JPG.

Creo que fue después de aquello cuando comenzó el infierno.

Empezó con la saturación de mi buzón, hasta que llegó un día en que, sorprendida, me di cuenta de que no podía abrirlo. Empleé todos los medios que pude utilizar, pero era inútil. Todo lo que consistiera en forzarlo, romperlo, tirarlo, arrancarlo del poste, acababa con el buzón en perfecto estado en su posición original, como si no hubiera hecho nada. El tiempo no dejó de pasar y un buen día comprobé con impotencia que el buzón ya no estaba. Había perdido mi correo. Sabía que era culpa de él. Era su primer paso: aislarme de los servicios automáticos. Y sabía por qué lo hacía. Me iba a atacar con tanta fiereza que quería impedirme la suscripción y descarga de más antivirus de los que tuviera.

Sabía que tenía que conseguir una nueva cuenta de correo cuanto antes, de modo que el mismo día en que la antigua fue cancelada fui a la lancha para navegar a la página de correo más próxima. Sin embargo una niebla espesa me impedía ver el camino y mucho menos llegar a mi destino. Siempre acababa en otras islas llenas de enormes letreros luminosos donde ponía *casino online* o *tenemos empleo para usted*. Había tomado los mandos de mi lancha. Se estaba apropiando de mi conexión.

Puse rumbo rápido a otras islas, tratando de guiarme incluso a través de la niebla, avanzando a tientas con la esperanza de llegar a algún sitio conocido y guiarme dentro de él por medio de sus puertas. Pero de repente ocurrió lo que tarde o temprano iba a ocurrir.

Llegó la criatura.

Yo nunca había visto uno de cerca, pero tuve amigos antes de la Gran Ola que se vieron atacados por ellos. Un enorme calamar se lanzó sobre mí y la embarcación y la partió en dos. Acto seguido me agarró con uno de sus tentáculos y me hundió en el fondo del mar. Me estaba ahogando y no sentía dolor alguno, pero sabía que no era eso lo que Newman quería. Él quería demostrarme que no tendría lugar donde esconderme, lugar a donde escapar. Él sería una aberración en Realidad, pero me iba a demostrar que era el rey supremo de Virtuanet.

Cuando el calamar gigante acabó su trabajo me encontré de nuevo en el Nido. Traté de salir cuanto antes de nuevo, pero era demasiado tarde: la embarcación, como nueva, estaba al otro lado del muro de llamas, pero podía ver los tentáculos amenazantes enroscarse entre ellos y alrededor de la lancha. Newman había usado un virus muy poderoso.

Opté por la única opción que tenía. En el jardín había un tapón enorme con una cadena. Me acerqué a él y tiré con todas mis fuerzas con la mano izquierda primero y con la derecha después. Justo cuando iba a ceder un mensaje se grabó en la parte superior del tapón. *¿Está seguro?*, dijo como si de verdad supiera bien qué conllevaba lo que me disponía a hacer. Sí, pensé mientras tiraba una vez más.

Sonó un ruido como de cisterna y corrí hacia el borde del muro de llamas. Desde allí contemplé cómo el nivel del mar descendía a una velocidad alarmante, hasta que al fin desapareció y se llevó consigo embarcación, calamar y todo. Suspiré aliviada y me fui a dormir. Pensé que estaba completamente aislada pero estaba a salvo, que ya sólo me rodeaba un desierto. Que la pesadilla había acabado. Nada más lejos de la realidad.

Al día siguiente, desde la cama, comprobé que el muro de llamas había desaparecido, cosa lógica dado que ya no tenía que protegerme contra amenazas provenientes de Virtuanet. Me levanté y cogí un libro del estante MIS DOCUMENTOS que trataba sobre política en el siglo diecinueve. Lo abrí por el principio y comprobé horrorizada que todos los caracteres habían sido sustituidos por algo muy similar a jeroglíficos egipcios, si es que no lo eran. Abrí otros libros y comprobé que a todos les pasaba lo mismo. Aterrorizada pulsé la alarma, a lo que apareció la ayuda, un gato que aunque no se parecía a Nix me recordó inevitablemente a él. Traté de escucharle cuando hablaba, pero sus palabras estaban igualmente encriptadas. Tenía uno o varios virus en mi propio ordenador. Newman me echaría de Virtuanet a costa de lo que fuera, pero sólo tenía que expulsar el virus. Sólo tenía que erradicarlo y estaría a salvo, pues Newman no podría reservarme más sorpresas. No podría cruzar el mar seco. Ni todos los virus del mundo podrían hacerlo.

Busqué frenética por toda la casa y encontré varios paquetes envueltos a modo de regalo de cumpleaños y con un lazo rojo, escondidos en habitaciones donde no solía entrar a menudo pues estaban llenas de aparatos, tuberías y cables que no comprendía bien. Cogí todos los regalos y los lancé a la papelera de reciclaje. Muchos de ellos permanecieron allí, pero muchos otros desaparecieron y volvieron automáticamente a su ubicación inicial. Desesperada, di una patada a la papelera, que se vació para volver a su posición original de nuevo, y traté de eliminar los paquetes restantes con medios más sofisticados. Busqué entre mis bolsillos hasta que saqué de ellos un auscultador y lo usé en cada paquete. Según el aparato algunos eran casi inofensivos, pero identifiqué uno de ellos como portador de un virus gusano. Presa del miedo lo cogí y lo arrastré hasta el escritorio, donde tenía un escáner que podría deshacerse del paquete. Introduje el paquete en el escáner y lo toqué con la mano derecha. Busqué la opción *eliminar*. Sabía que cada segundo era vital. Al fin encontré la opción. Pero fue demasiado tarde.

Un enorme invertebrado anillado salió del paquete, destruyó el suelo y me atrapó por la cintura, alejándome del escritorio.

Traté de zafarme mientras contemplaba cómo muchas otras larvas más diminutas comenzaban a inundar todo, primero el escritorio, luego la consola, el explorador, las carpetas, los archivos, los maletines, cualquier lugar donde llegaran. El gusano apretaba cada vez más mientras trataba sin éxito de eliminarlo tocándolo con la mano derecha. Finalmente comprendí que necesitaría una manera más drástica de acabar con él o me estrujaría sin remedio, algún procedimiento radical que en la época previa a Virtuanet equivaliera a un hábil uso del teclado. Metí las manos en los bolsillos y saqué de ellos un enorme cuchillo de cocina que no podía caber ahí. Lo agarré con la mano izquierda y lo clavé en la piel arenosa de aquella mole. Al momento me soltó y cayó al suelo, retorciéndose con convulsiones mientras se fragmentaba y se colaba por las rendijas de la madera. Exhausta, me senté un momento para descansar. Fue un terrible error, pues el paquete aún no estaba siendo procesado por el escáner.

Otro gusano más grande que el anterior surgió del techo y me agarró de nuevo. Cuchillo en mano se lo clavé tantas veces como pude, pero no daba resultado. Aunque se retorció, era más fuerte que el anterior, más preparado, y no bastaba con aquella socorrida estrategia para acabar con él. Mientras notaba cómo perdía movilidad y cómo aquel ser estrujaba mi cuerpo sin provocarme daño alguno temblé de miedo. Porque sabía que el dolor empezaría justo cuando él acabara.

El gusano, finalmente, completó su tarea y mi cuerpo aplastado cayó sin conciencia que albergar dentro. En aquel momento, por unos breves segundos, mi mente estuvo en el limbo de la nada, en el instante tenebroso de transición de lo falso a lo verdadero. De Virtuanet a Realidad. Noté mi respiración, mi corazón palpitante, los espasmos de mis piernas, la pesadez de los párpados. Noté mis manos crujientes y negruzcas, el regreso del tormento. Me retorcí, me agité, me revolví como pude, pero no pude poner fin al suplicio. Aquello era el mundo auténtico, y yo no era un explorador ni un avatar. No había donde evadirse ni donde esconderse de aquella perversa realidad.

Desde entonces he aprendido a convivir con esa tortura de los sentidos con pasividad, los ojos cerrados, la mente flotando en el vacío, ni en ese mundo de ensueño que he dejado atrás ni en el terror al que con tanta devoción he sido obligada a regresar. En mi estado soy incapaz de desconectarme a mí misma, por lo que el olor a azufre y el retorcer carbónico de mis manos no me dejará en paz hasta que la energía acumulada del ordenador cese, la misma energía que con tanta vehemencia trataba de conservar y ahora me parece eterna como el tictac de un reloj en una noche de insomnio. Pero algún día acabará y entonces estaremos solos, el dolor y yo y nada más, porque aunque pueda abrir los ojos, mis ojos de verdad, y ver por última vez el entorno ceniciento que me rodea antes de despedirme de él, no lo voy a hacer. Porque a la izquierda de mi asiento hay una ventana, la misma ventana desde la cual contemplé los restos de Nix al ser alcanzado por los vientos de uranio; desde ella se puede ver el mundo en toda su plenitud, y eso no es lo último que deseo ver antes de morir.

Y ahora, en la recta final de mi carrera de fondo, sólo espero que él esté contento y tenga lo que estaba buscando. Antes le odiaba, pero ahora me da pena. Ya no jugaré más con sus reglas, ahora soy libre, libre para no sentirme amenazada, para no temer a nada ni a nadie.

Los estertores han comenzado, se extienden no sólo por las manos, también por partes de mi cuerpo de las que ni conocía su existencia. Y entre gritos de agonía comprendo que es justo. Él es un monstruo, pero yo estoy enferma y putrefacta. Sólo hemos hecho un trato silencioso.

Para mí el moribundo mundo de los hombres, y para él el flamante y joven Virtuanet.

© **Magnus Dagon**

Escrito por Jesús Cepeda

Ya no hay nubes. Si hubiese una forma de volver atrás en el tiempo y preguntarle a alguien de qué color era el cielo, podrían responderte que azul. Hoy solo es negro. Si oyes otra cosa es que mienten, al menos los que aún pueden hablar. El habla es una función de lujo.

Supón que desde lo que queda de la superficie de la Tierra pudieses mirar hacia arriba. Ahora imagina qué tipo de catástrofe ha podido causar que la Tierra ya no tenga masa suficiente como para retener atmósfera. Imagina lo motivante que resultó en su día para la floreciente carrera espacial de las colonias supervivientes el no tener un mundo al que volver.

Ya no hay fechas. Sincronizamos los relojes internos de la nave con algunas de las estaciones de misión, puntos estáticos que nunca hayan estado en una misión sublumínica. Lograr un viaje más veloz que la Luz ha demostrado ser una falacia; de quedar aún defensores del mismo, se les trata igual que a los tarados que trataban de demostrar la viabilidad de la fusión fría.

En el pasado, los años eran un compendio de estaciones. Un ciclo completo alrededor de una estrella de tipo G2. Ahora pueden pasar 200 AD (Años Standard) entre una misión y otra, y lo sé porque a veces tengo que chequear que la sincronización sea correcta. De nada sirve prever el tiempo de llegada a un punto finito del espacio. La experiencia siempre ha demostrado que no se pueden anticipar los pequeños cambios provocados por el cilindro de masa infinitesimal que atraviesa cualquier nave hasta su destino, el vacío está menos vacío de lo que uno cree cuando quiere ir lejos, y nosotros hemos aprendido esa lección de la forma dura. Y la Misión Corva, y la Misión Piciades, y la Misión Ursus.

Ya no hay gobiernos. Vivimos inmersos en una gran diáspora constante. Hay que llegar más lejos y para ello necesitamos más naves que han de ser repletas de más gente, que han de ir en busca de más materiales para llegar más lejos. Alguien debe ser quién marque las X's que indiquen a dónde irá la próxima misión, pero, ¿a quién le importa, asumiendo que nuestra vida está limitada a 125 AD?

La demora entre una misión y la siguiente provoca que quien está detrás de todo (aunque hubiera formado un próspero gobierno o una dictadura militar) pase desapercibido desde su formación hasta su podredumbre, en un periodo de 100AD, sin que tengamos noticia de ello. Para nosotros sólo habrán pasado apenas un par de años SD fruto de la maravilla del viaje espacial.

Ya no hay individuo. La Humanidad es una quimera. Te he contado que hemos llegado a las estrellas, y quizá hasta imaginas cómo, pero no sabes el precio que hemos pagado. "Ética científica" suena al hombre del saco, o recuerda a las historias de fantasmas en pecios de naves de misiones que no han salido bien.

Nuestro conocimiento del mapa genético es absoluto, aunque no se basa en tener una larga cadena de ácidos nucleicos y poder decir "Vaya, eso es hemoglobina". Un conocimiento absoluto va más allá, como en las modificaciones de la cadena que contiene la globulina beta para atmósferas en las que una talasemia representa una ventaja. Cambios no presentes en nuestra evolución, ADN exógeno, que dota a nuestros glóbulos rojos de la capacidad de resistir CO en altas concentraciones. ¿Y qué ocurre si te hablo de densidades mortales de metano? ¿Y si te digo que además podemos resistir mierdas tan grandes que no me creerías? Imagina ahora ese mapa genético como un gran lego en el que se sabe perfectamente dónde efectuar modificaciones para incluir órganos completos, visión en regiones del espectro más allá de la luz visible, corazas óseas o queratinosas, cuerpos dotados de una bioquímica que logre resistir temperaturas de ciento cincuenta o cuatrocientos grados Kelvin...

Somos una mano de obra versátil y muy adaptable. El milagro lo obran unos pocos cambios, escogidos con cuidado en determinados puntos de tu ADN durante el tiempo que pasas dentro un tanque hasta la llegada a tu destino.

Algunos de nosotros aún gritamos cuando nos reaniman.



Ya no hay verdad. Imagino que habrás hecho tus cálculos y te habrás dado cuenta que unos cambios tan complejos no se efectúan en los dos años aproximados que, según nos dicen, experimentamos de forma relativa en llegar a nuestro destino. Nuestra vida está medida en 125 AD y dos tercios le pertenecen a la misión. Uno no es ciudadano hasta que ha cumplido su servicio voluntario destinado a la expansión de la Humanidad. No conocemos a nuestros padres. Se nos educa para la gran carga que llevaremos en el futuro en pos de las estrellas. Tan pronto como alcanzamos la edad sexual se nos priva de la capacidad de reproducirnos, una especie de castración genética que evita efectos secundarios a nivel hormonal. El premio de entregar esos dos tercios de nuestra vida estándar a la misión consiste en eso, en volver a ser seres humanos completos. Y nada más.

Ya han transcurrido cincuenta misiones. Al menos, eso es lo que me indica el técnico de soporte cuando me reaniman. Sonríe. Cincuenta misiones. Ellos llevan la cuenta, no yo, así que le creo. Contar supone intentar recordar, y a veces los recuerdos pueden volverte loco. Es como cuando te levantas en mitad de un sueño y tratas de no acordarte de cosas, sólo que esto es completamente al revés.

Me miro las manos. ¿En qué estaba pensando? lo normal es que tenga dedos.

No hay tiempo para pensar cuando vas desplazándote de un lugar a otro del espacio. Aún así a veces, durante los descensos, te preguntas cosas. Te preguntas qué ha podido ir tan mal para que la Humanidad se lance a ciegas y con tantas ganas a la inmensidad del espacio. Te preguntas si hemos pasado a algún tipo de estado superior de la evolución o simplemente en un momento dado todo se torció tanto que ya no hubo posibilidad de volver atrás.

Dos personas vienen a ultimar los pequeños detalles pertinentes a mi correcta incorporación, les escucho hablar de mí mientras miran unos monitores pero no les entiendo. Ha sido así siempre, igual que las otras veces. Pero esta es mi última vez.

125 AD, cincuenta misiones. No es tan terrible. Los romanos te enrolaban en el ejército tan pronto podías sujetar una lanza y si salías vivo te dejaban en paz. Me duele la cabeza. Me concentro en mis manos y trato de moverlas.

-Augh –sale por mi boca mientras señalo exactamente dónde me duele.

-Lo sabemos, espera un momento– dice el técnico que tengo a mi derecha.

No me mira. Aún no puedo hablar. Es un dolor de cabeza, me ha pasado otras veces, solo quiero saber que no es nada más. Uno de los técnicos que acompañan al que me ha hablado se acerca a mí y pone sus dedos en diferentes partes de mi cuerpo. Es su trabajo, no le diré si me molesta o no. Deja a mi lado una bata para que me la ponga.

He cubierto misiones de terraformación, limpieza, recolección de recursos, mapeado de zonas y toma de muestras. A veces hemos bajado a planetas en condiciones que no creerías. He visto vergeles de hojas de colores tan ricos como las estrellas que iluminaban esos mundos. Planetas en los que la vida inteligente jamás tuvo lugar y que aún están vivos. Hemos ido clavando nuestras garras en lugares que jamás debieron conocernos. Como un depredador sin hogar buscando presa. Es nuestro mensaje para las estrellas “Estamos aquí, cuidado que no os encontremos”. Pero yo ya no bajaré más.

Me piden que me levante. No sé lo que tengo que hacer. Por primera vez tengo miedo. Me dan muchas órdenes al mismo tiempo. Que repita ruidos, prueban mis reflejos. Puedo andar. Me felicitan. Cincuenta misiones. Nunca me he preguntado si los técnicos vienen con nosotros o son propios de la estación en la que nos encontramos. ¿Estamos en una Estación? Me siento raro después de tanto tiempo. ¿Cómo has de sentirte cuando cada despertar forma parte de un puzzle dentro de tu cabeza?

Montones de pequeñas pesadillas unidas en las que el protagonista no era ni grotescamente humano, y ahora sólo quedase yo como único testigo.

He tenido garras, pinzas, extremidades atrofiadas para no sufrir ante la gravedad de algunos mundos. Algunas veces mi piel era como una cobertura ósea que limitaba mi movimiento, y he conocido disposiciones en las que mi sentido del equilibrio se manipuló para que dos extremidades más aguantasen la postura de caminar a cuatro patas. Ahora que soy humano de nuevo, desnudo mientras me acompañan por un pasillo, tengo miedo.

-Por favor, espere aquí. Volveremos en un momento. – Dice el técnico de antes. Es el único que

se ha dirigido a mí desde que he salido del tanque. Los demás hablan entre ellos, no me miran, no sé lo que piensan. Sigue hablando mientras saca una hipodérmica de la bata –No le dolerá, es un momento– Pincha mi hombro mientras vacía el émbolo hasta el final –Eso debería resolver los problemas de equilibrio. Regresaremos enseguida– comenta mientras se dirige hacia la puerta.

Pienso qué haré con mi vida, ahora que me la han devuelto. No sé dónde voy a vivir. Virtualmente soy un niño con casi tres milenios de antigüedad. He pasado tanto tiempo con mi vida en raíles que no soy capaz de hacerme a la idea de qué me espera ahí afuera. Sólo sé lo esencial, quiero un sitio lejos donde poder ahogar los pocos recuerdos que me quedan en cualquier tipo de licor barato, y cuando esos recuerdos ya no estén ahí, quizá pueda fundar mi propia familia. ¿Quién sabe? es posible que hayamos avanzado tanto, que en algún lugar puedan poner mi cabeza en orden y llenármela de mentiras. Puede que todo lo que esté imaginando ahora sea inútil porque cuando salga de aquí lo eliminarán junto a lo demás. Al fin y al cabo, nunca nos han hablado con detalle de lo que ocurre después, sólo han mencionado que en algún momento se acaba.

Miro hacia la puerta, tardan demasiado y empiezo a sentirme inquieto. Puede que sea el desarraigo de no tener un mundo lo que conduce a la Humanidad a abarcarlo todo, a apoderarse de cada rincón del universo colocando su marca, buscando patrones genéticos nunca antes imaginados para incluirlos en nuestras bases.

Retroingeniería genética. ¿Cuántos seremos? ¿Cómo de grande debe de ser el número de individuos como para que la Humanidad sea considerada un único ser vivo? He sido un individuo altamente especializado dentro de ese gran organismo. Los técnicos de ahí afuera lo son también, los que tutelan el rumbo de las naves, los que marcan los puntos que han regido mi vida durante estas misiones y los cambios que he experimentado.

La puerta se abre y pasa el técnico de antes. –Siento haberle hecho esperar, necesito que me acompañe– No me mira a los ojos cuando habla, ahora me doy cuenta, quizás ahora eso sea normal –Ya puedo hablar- respondo. No esperaba poder decirlo sin trabarme. Me siento mejor.

Cruzamos algunos pasillos. Me doy cuenta de que aún no soy capaz de andar perfectamente pero mi paso tiene la velocidad suficiente como para que no resulte una molestia. Después de un rato llegamos a una sala en la que nos esperan dos personas con bata, parecen un hombre y una mujer, no sabría concretarlo con certeza porque apenas alcanzo a ver sus ojos tras la máscara y los distintos dispositivos que parecen adheridos a su carne.

El técnico se dirige a ellos en un idioma que no comprendo, no se me había ocurrido imaginarme que quizás el pretendido técnico tan sólo sea un intérprete, eso tiene sentido. Puede que la lengua que ahora hable sea una lengua muerta. –Siéntese aquí por favor– dice el técnico-intérprete mientras las otras dos personas me observan hasta que ocupo mi lugar. El técnico-hombre se dirige a una mesa repleta de material que no sabría reconocer. Me siento inquieto de nuevo. No sé lo que pasa pero no me puedo mover. Siento pánico, pero no puedo manifestarlo porque, de nuevo, no soy capaz de abrir la boca.

–No se preocupe, no le va a doler – El técnico-intérprete apenas mira a donde estoy sentado. –Enseguida pasará todo– añade mientras escucho cómo se abre la puerta por la que hemos pasado y se marcha.

Noto otra inyección mientras el técnico-mujer endereza mi cabeza. De repente me tranquilizo. No sé si puedo parpadear siquiera. No siento el tacto de la silla, empiezo a dejar de oír. Mi mundo se hace mucho más pequeño.

La vista aún resiste un poco pero veo borroso. Sólo tengo conciencia de los dos técnicos cuando están quietos o se acercan a mí. No sé si vienen con frecuencia o cuánto pasa entre una y otra vez, he perdido el sentido del tiempo.

Pienso en mis cincuenta misiones y apenas puedo recordarlas. Soy un niño de 3000 años de antigüedad. Soy una pieza de un organismo más grande que el ser humano, y que se alimenta del universo. Soy una célula altamente especializada de ese cuerpo. Se nos prometió poder reproducirnos y ser libres cuando todo acabase. Tenemos un control absoluto de cada una de las piezas que conforman nuestro mapa genético. Nadie ha querido sumar dos más dos, ya no nace gente, ahora me doy cuenta.

Me siento prescindible en este momento, pero no me importa. Poco a poco dejo de ver. Una mano cierra mis párpados. En algún momento debieron tumbarme porque estaba viendo el techo. Ahora todo es negro, como el cielo. No siento nada, ya sólo soy una voz dentro de mi cabeza. Incluso esa voz es prescindible. No sé en qué año estamos, no sé dónde, ya no me pregunto el por qué. Siento que todo acaba.

Adiós.

© **Jesús Cepeda**

LLAMADA A LA PARTICIPACIÓN

CONVOCATORIA DE RELATOS REVISTA SCI-FDI



ENVÍO DE RELATOS

1. Los trabajos presentados deberán ser relatos originales en toda su extensión. Los relatos inéditos tendrán prioridad sobre aquellos que ya estén publicados.
2. El autor deberá confirmar que conserva los derechos sobre su obra y que es libre de publicarla en Sci-Fdi. El autor retiene los derechos sobre su obra, pero debe abstenerse de enviar su relato a otra revista o concurso literario o publicarla en algún otro medio de distribución de material literario hasta conocer la decisión del jurado evaluador del comité editorial de Sci-Fdi. En caso de que la obra sea aceptada debe aguardar hasta que ésta sea publicada o al menos seis meses, contados a partir de la fecha en que le es notificada la aceptación del relato.
3. Los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons. El contenido propio generado por Sci-Fdi estará sujeto a licencia CC-by 3.0, salvo cuando se especifique lo contrario.
4. Los relatos deberán estar escritos en español y deberán encuadrarse en el género de la ciencia ficción.
5. La extensión máxima de los relatos presentados será de 7500 palabras, no existiendo límite mínimo.
6. El envío de relatos está abierto a cualquier autor, si bien se reservará un 20% del espacio de la revista para relatos escritos por miembros de la comunidad universitaria, ya sea estudiante, PAS o PDI.
7. El envío de relatos se realizará en formato electrónico a la dirección scifdi@fdi.ucm.es, siendo admisibles los formatos rtf, odt y doc, así como el envío de texto plano.
8. En el mensaje de correo electrónico se indicarán los siguientes datos personales: nombre y apellidos, tipo de relación con la universidad si procede (estudiante, PAS o PDI), correo electrónico y teléfono de contacto. Opcionalmente, se recomienda enviar una breve reseña biográfica del autor (3 o 4 líneas).
9. Los relatos serán evaluados por el comité editorial atendiendo a su originalidad, calidad literaria y adecuación a la revista Sci-Fdi. En función de dicha evaluación, los relatos podrán ser aceptados o rechazados. En el primer caso, la aceptación podrá estar condicionada a la realización de determinadas correcciones menores en la versión original del relato.